

EL HALCÓN



por
ARNALDO VISCONTI

PROVENSA



El HALCON



EDITORIAL  BRUGUERA

Es propiedad del Editor.
Reservados los derechos.

IMPRESO EN
EDITORIAL BRUGUERA
BARCELONA

La espía YANQUI

CAPÍTULO I

LOS DOS HUESPEDES DEL HOTEL RIGAUD

La ciudad de Beaufort, del Estado de Carolina del Sur, tenía la hermética contextura de una población provinciana, y tres eran sus clases de habitantes: los aristócratas terratenientes, los blancos al servicio de éstos y los negros que trabajaban en los campos de algodón y en los anchos campos de cañas de azúcar.

No había más que un hotel, que era regentado por su dueño, un francés llamado Rigaud, que vivía confortablemente pese a la rarísima aparición de alguno que otro viajero.

Pero sus ganancias las debía a las frecuentes reuniones que en su sala de banquetes verificaban los terratenientes de la ciudad, con el pretexto de discutir asuntos de interés común, pero en realidad con el deseo de jugar al naipe, cruzando fuertes apuestas y poder beber copiosamente, sin haber de cohibirse por la presencia de señoras.

El temperamento de Rigaud congeniaba íntimamente con aquellos señores del Sur, cuya indolente vida no tenía más que una voluntad bien arraigada: ser considerados diestros jinetes, resistentes bebedores e infatigables jugadores: tres cualidades que producían muy buenos ingresos en la cuenta de Rigaud.

Por eso el francés recibió una inmensa alegría cuando le fué notificado por el juez de Beaufort que, en vista de las circunstancias, todos los caballeros de Beaufort se reunirían diariamente, cada mañana, en la sala de banquetes, para tomar decisiones.

"En vista de las circunstancias" era la frase empleada para designar el estado de guerra entre los Estados del Norte y los del Sur. Una situación latente desde hacía años, y que acababa de estallar bélicamente al disparar las

baterías de un grupo de fuerzas sudistas contra los muros del Fuerte Sumter, en la bahía de Charleston, defendida por una compañía de soldados yanquis,

"Tomar decisiones", podía traducirse, por un gran consumo de licores, champaña, pasteles y emparedados, mientras para "reflexionar" reuníanse por grupos alrededor de distintas mesas, que por lo común se hallarían dotadas de barajas que les permitirían arriesgar grandes sumas.

Rigaud, ex jefe de cocinas del hotel Crillon de París, había tenido que abandonar aquel empleo, muy productivo, y que le había permitido reunir buenos ahorros, porque cometió la torpeza de dar rienda suelta a su imaginación, inclinada a urdir poéticos ensueños matizados de ambición práctica.

Reinaba el Tercer Imperio, y Rigaud, desde sus cocinas, mientras removía y catava salsas, suspiraba pensando en la exquisitez de Eugenia de Montijo, la gran dama española.

Pero imprecaba con selecto repertorio de originales frases menospreciativas, pensando en Napoleón. Lo consideraba un *parvenu*, un hombre sin distinción, indigno de regir los destinos de la nación francesa.

Y se metió a conspirador. Pero si bien era un técnico en cuestiones gastronómicas, era un mal aprendiz de conspirador. Tuvo que huir en 1860, embarcando para la joven nación norteamericana, que daba excelente acogida a los franceses.

Se instaló en Beaufort como jefe de cocinas de un acreditado establecimiento, y a la muerte del dueño, acaecida a principios del año 1861, quedóse propietario, por compra de aquél a los herederos.

Rigaud fué declarado digno de ser dueño del hotel, porque entendía en caballos, era juez en todos los juegos de baraja y sabía beber. Tenía un modo especial de servir que le hacía parecer un anfitrión, cualidad de la que estaba muy orgulloso, y tenía la arraigada opinión de que por su antiguo empleo, no tenía igual en el arte de reconocer, con sólo un discreto vistazo, al caballero nato y a la gran señora.

El día 12 de marzo de 1861 llegó a su hotel un extraño individuo. Firmó en el libro registro con el nombre de Rock Gambler.

Rigaud avisó inmediatamente al juez de paz de Beaufort, notificándole que un forastero recién llegado se había hospedado en su hotel, y manifestando que privadamente sugería la posibilidad de que fuera un espía yanqui.

Broderick Crawford, el abogado y juez de paz, había enviado al joven Capitán Dan Carter a interrogar al forastero. Rigaud ignoraba lo sucedido en la habitación, pero persistía en pensar que aquel desconocido llamado Rock Gambler era "un tipo de cuidado".

En cambio, cuando al anochecer del mismo día se detuvo ante el hotel una carretela suntuosamente sencilla en su distinción, y descendió de ella una dama, ésta mereció la íntima aprobación del francés.

Era como su carretela: suntuosamente sencilla. Y el galante espíritu galo

añadió mentalmente el calificativo de fascinadora.

Venía con bagaje y acompañada de una criada negra. Eligió el conjunto de habitaciones del ala derecha del primer piso del hotel, y firmó "Rita Hayward", añadiendo que era natural de Nueva Orleans.

Rigaud no avisó a Broderick Crawford esta vez. Tenía "ojo clínico", y aquella dama era "todo una señora".

A las dos y media de la noche del día de su llegada a Beaufort, Rita, Hayward atravesó, sin ser vista, los oscuros salones y las escaleras que conducían a sus habitaciones del hotel Rigaud.

Su criada, que aquella misma mañana había contratado en Savannah, dormía profundamente en su pequeña cuarto.

Rita Hayward despojóse del negro velo y la larga capa del mismo color, que prestaba a su silueta la apariencia de una masa alargada y confusa.

Tendióse en el lecho, encendida tan sólo una luz. La pantalla del quinqué de la mesita de noche desparramaba sobre el lecho una tamizada luz de sonrosados colores, que hacía resaltar la estatuaria figura femenina, arrancando destellos azules de sus negros cabellos rematados en dos largas trenzas.

Rita Hayward acababa de cometer un crimen más...

Pero su reciente asesinato del Coronel Frank Lloyd no se le antojaba, un crimen, sino casi un acto de justicia, o al menos un desahogo vengativo.

Ella, al lanzar sus dos puñales, arma que manejaba expertamente, y que llevaba siempre escondidos en dos fundas especiales cosidas en el interior del cinto de terciopelo que rodeaba el talle de todos sus vestidos, no había tomado por blanco al Coronel Frank Lloyd.

Su deseo de matar iba contra la persona a quien odiaba, porque se había burlado de ella. El hombre llamado Rock Gambler...

La fatalidad o la casualidad había querido que en su lucha el Coronel Frank Lloyd se interpusiera entre las manos hábiles de Rita Hayward, lazando sus puñales, y el atlético cuerpo de Gambler.¹

Ella había logrado huir del pabellón del Coronel Lloyd, adonde había ido para recoger un informe sobre las tres principales personalidades de Beaufort: Broderick Crawford, Dan Carter y Theodor Clayton.

Era un informe peligroso que no podía caer en manos de nadie, porque sería revelar que ella pertenecía al servicio secreto yanqui, donde era considerada la más inteligente y seductora componente del ejército de las sombras marcadas con un número.

"Vistas las circunstancias" debía ella granjearse la voluntad del juez de Beaufort, la del joven Capitán y jefe de la Milicia levantada en armas contra los yanquis y la del rico terrateniente Theodor Clayton, el usurero, de influyente categoría por ser considerado con amable menosprecio por los

indolentes propietarios, como el único hombre capaz de servir para comerciar y saber comprar y vender, artes por entero ajenas al carácter de un "verdadero caballero del Sur".

Tendida el lecho, el negro vestido sedoso hacía resaltar la extraña blancura de su tez de criolla y el encanto de su rostro, que sabía ser delicadamente sentimental cuando se lo proponía.

Pero ahora era una máscara de concentrado rencor la expresión que cincelaba sus rasgos, mientras pensaba...

Aguardaría una hora. Volvería a salir, y si como suponía. Rock Gambler había abandonado el pabellón de casa sin comunicar a nadie en interés propio, la muerte de Frank Lloyd, podría entrar a recoger el informe que había solicitarlo del Coronel, y que éste prometió dejar bajo la carpeta de su descacho en aquel recoleto pabellón.

Sonrió aviesamente al pensar en la muerte de Frank Lloyd. Había en ello cierta ironía del destino...

Frank Lloyd era el clásico ejemplar del hombre que tuerce el destino de una mujer. En su caso, el que tuvo la culpa de que ella fuera una espía yanqui.

Y el alma adormecida y rencorosa de la bella criolla, hizo vivir en su cerebro el proceso mental de los agonizantes, que en breves escenas ven plasmarse ante sus ojos la rápida cabalgata de los principales incidentes que marcan para siempre una vida.

Se vió mimada y rodeada de lujos allá en la gran casa de Nueva Orleans. Huérfana de madre, su padre desvivíase por atender el menor, de sus caprichos.

Creció adulada y cortejada. Figuraba en todas las reuniones sociales. Suscitaba envidias en ellas, y cálidos elogios en ellos.

Hasta que apareció "él"... Renato de Chambrun. Un caballero. Exquisito, pleno de amables intenciones. Un caballero...

Rió ella, evocando. Una risa dolorosa, que sonaba enronquecida. Eran ya prometidos... Después la abandonó, porque su dote era inferior a la de la mujer con quien se casó.

Y más caballeros desfilaron por la mente de la que yacía en el lecho. Con gesto de desaprobación hacia su conducta, en las reuniones donde se comentaba su deshonor; ante ella, ensayando la actitud de protectores...

Su padre no pudo resistir el acoso de las pérfidas murmuraciones. Un amanecer despertóse ella oyendo un disparo...

Rita Hayward giróse lentamente para ocultar el rostro en la almohada. No quería ver... No quería recordar al hombre de cabellos canosos, rota la frente por el pistoletazo, al que recurrió como antídoto contra su torturado espíritu...

Después...

El primero fué Renato de Chambrun. Murió estando ella en la ciudad de Méjico. Nadie pues la relacionó con la agonía cruenta del hombre que murió entre los brazos de su esposa, envenenado.

El segundo fué Lorimer Brand. El que deseándola, se ofreció para envenenar a Renato de Chambrun. Volvió a Méjico para lograr su recompensa, y en la copa de bienvenida que le ofreció Rita, había la misma dosis del veneno que mató a Renato de Chambrun.

Lorimer Brand retorciase por el suelo, mientras ella le escupía su odio. Odio contra todos los hombres en especial contra los que con apariencia de seductora caballeridad, eran responsables de crímenes peores que la misma acción criminal de dar muerte, pues inferían muertes de alma.

Un día enamoróse de ella un oficial de Washington. Pertenecía a la sección informativa. Cuando llevado al colmo de la desesperación por los desaires de la bella criolla, un jefe de la misma sección se suicidó, aquél propuso a Rita Hayward un trabajo muy bien remunerado.

La fortuna de su padre tocaba a su fin, por la vida dispendiosa que ella había llevado después de su muerte.

Y en junio de 1860, Rita aceptó ser el número 33 de los "agentes informativos" al servicio de Washington.

Contaba con las cualidades que el jefe enumeró señalándolas con los dedos de la mano abierta: era una dama del Sur, era inteligentísima y de insensible corazón, poseía el encanto de una apariencia fascinadora y de ingenua perversidad...

Su misión primera iba a ser algo ardua. En el Sur, existía un extraño bandido. Un hombre misterioso apodado "El Halcón". Llevaba una máscara que semejava un ave de presa.

Los mismos rurales encargados de perseguirlo y ahorcarlo, sentían veneración por él. Defendía causas justas, exterminando *tahures* asesinos, propietarios que eran crueles con sus esclavos...

Nadie sabía quién era, pero era proverbial que no faltaba a una cita femenina. Algunas se le habían tendido como trampa, pero habían fracasado.

Era también proverbial que en cada poblado de importancia, tenía un amorío. Rita Hayward logró ser la novia de Savannah...

Y logró apoderarse por completo de la voluntad del joven rubio, de ojos azules, rasgos enérgicos y corazón sentimental, que siempre aparecía en su casita de Savannah inesperadamente.

¿Quién era? ¿De dónde procedía? Ella lo ignoraba. Pero comunicó a su jefe de Washington que "El Halcón" era, como su apodo podía sugerir, una ave de presa amaestrada. El amor había logrado que el caballeroso bandido, pudiera servir a los fines de Washington.

El jefe del servicio secreto, por mediación del Coronel Lloyd, comunicó al agente número 33, que llegado el momento, "El Halcón" sería empleado inconscientemente contra sus propios admiradores del Sur.

Todo parecía ir a medida de los deseos del agente número 33... cuando en la "Casa. Maligna" de Savannah apareció Rock Gambler...

Volvió Rita Hayward a girar el rostro, y quedó cara arriba, pensando en la descarada impertinencia del misterioso Rock Gambler. Al menos aquél no

se encubría bajo el disfraz de un caballero.

Llevaba plasmada en su sonrisa desvergonzada la ausencia total de escrúpulos que le caracterizaba. Era como si un experto escultor hubiera querido grabar en un rostro de arrogante hermosura viril, la sonrisa de Satán...

Sin darse cuenta, estaba detallando con rencorosa complacencia la apariencia física de Rock Gambler, porque a su modo, ella lo consideraba un reflejo de sí misma: Carencia total de sentimientos buenos, considerar al sexo opuesto como unas marionetas con las que jugar, vida turbulenta, desprecio de la opinión cuando de ésta no había que servirse...

Lo vio empleando su peculiar gesto de fullero: haciendo saltar en su diestra la moneda de oro. Gesto para dar confianza al adversario y a la vez para irritarlo, para hacerle perder los estribos.

Sólo dos veces habíanse visto: dos tempestuosas entrevistas. Las dos veces, él había evitado la muerte por escaso margen.

En esa segunda y recientísima entrevista, aunque ella estuviera velada, él debió adivinar su personalidad por los dos puñales... Debía recordarlos. Confiaba en que Rock Gambler no la delataría como autora de la muerte de Frank Lloyd, porque ello equivaldría a delatarse a sí mismo y arrostrar la dificultad de justificar su visita al pabellón de caza.

Se levantó, y cubrió de nuevo su cabeza con el velo. Envuelta en la capa que abrochó por el cordón a su cuello, quedó convertida en una silueta de apariencia ingrátida, que silenciosamente abandonó el hotel.

Nadie transitaba por las mal iluminadas calles, y pronto llegó al parque.

La mansión del Coronel Lloyd, tenía ante su morada tres centinelas: un hombre, sentado y dormitando, ante cuyos pies dos grandes perros extendíanse en toda su largura, orejas enhiestas.

Rita Hayward contorneó el edificio hasta llegar al pabellón, alejado de la morada. Entró cautelosamente, pero en el despacho del fondo del pabellón, no había más que un cadáver.

Sonrió ella bajo el velo que cubría su rostro. Frank Lloyd destinaba aquel pabellón para sus citas galantes, y sus trabajos solitarios.

Esta vez la citada había sido la Muerte, y por mano de mujer. Arrancó de la pared del fondo uno de los puñales.

En el suelo, junto al cadáver de Frank Lloyd, había otro puñal. Perpleja lo recogió. Pensó que posiblemente en su agonía el Coronel habíalo extraído de la mortal herida que atravesaba su hombro izquierdo...

Fué a la carpeta y leyó varias veces el extraño mensaje que con su letra había escrito el muerto:

"Yo. Frank Lloyd, confieso haber traicionado..."

En una esquina de la cuartilla había un halcón dibujado expertamente. Rita Hayward estremeciósse. ¿Acaso "El Halcón" había descubierto que tanto

ella como el presunto sudista estaban al servicio del espionaje yanqui?

Levantó la carpeta, cuidando de no alterar la disposición de la cuartilla que señalaba a "El Halcón" como autor de aquella muerte.

Recogió el informe en cuya busca había ido.

Y nada tuvo de femenino el brutal puntapié que antes de salir propinó al rostro serenamente en reposo del que todos creían un "caballero".

Cuando de nuevo estuvo en su habitación, Rita Hayward desnudóse, y en el ancho recipiente destinado a bañarse en posición de sentada, a medias lleno de agua, vertió un frasco entero de esencia de jazmín.

Consumió casi enteramente una pastilla de jabón, y cubierta totalmente de blanca espuma, leyó el informe escrito por Frank Lloyd poco antes de morir.

"Broderick Crawford. Inflexible legalista, considerado como el hombre culto de Beaufort porque sabe citar latinos. Próximo a contraer nupcias con Agnes Clayton, fea y sabihonda. Por la ley de los contrastes, creo que Broderick Crawford sería sensible a una ingenua inculta que se pasmase ante su sabiduría."

"Dan Carter. Capitán. Tímido jovenzuelo que ha hecho del honor y la caballerosidad, un código indeclinable. Inexperto totalmente en cuanto a mujeres se refiere. Probabilidades de atraértelo, si finges ser una dama de existencia amenazada por un peligro. Muy importante ganártelo, porque siendo Carter el Comandante de la Milicia de Beaufort, la causa que él defienda, será causa apoyada por toda la ciudad."

"Theodor Clayton. Difícil. Enriquecido con préstamos, tiene el don de comerciar con todo, valorando sus actos y sacrificando sus convicciones, suponiendo que las tenga, en aras del mayor beneficio. De edad madura, no posee la inexperiencia de Dan Carter ni la inclinación a ser adulado de Broderick Crawford, pero puede experimentar la rebeldía amorosa del hombre que está a punto de atravesar la línea que separa la madurez de la vejez. Importante, porque casando su hija con el juez, será influyente."

"Añado un informe complementario. La señora Helen Ryan, con cuya hija pienso casarme, es la "gran dama" de Beaufort. Si logras simpatizar con ella, serás bien acogida por doquier. En Washington confían mucho en ti, numero treinta y tres. Sería un gran triunfo para ti lograr seducir a Clayton o al joven Carter, y contar con la amistad de Helen Ryan."

"Pero Rock Gambler está en Beaufort. ¿A qué ha venido? Prometió darme muerte. Considéralo el obstáculo más importante para el logro de tus propósitos. Suprímelo."

Rita Hayward tenía la facultad muy útil en su cometido, de conservar en

la memoria aquello que le interesaba. Releyó el informe, y formando un amasijo con el papel, lo fué convirtiendo en bola espumosa.

El jabón iba diluyendo la tinta, Salió ella del baño cubierta de espuma y en la bañera quedó el papel, casi deshecho por la acción del agua.

Quitóse el jabón usando una toalla empapada en colonia, y después se puso un camisón de mangas y cuello de encajes.

Tendióse en la cama, esta vez bajo las sábanas. Desanudó las trenzas que se había colocado a modo de diadema y soltó el cabello, que en profusa cascada olorosa se desparramó por la blanca almohada.

Cerró los ojos, después de haber apagado el quinqué. En la obscuridad, volvió a meditar en el "obstáculo".

Sentía inmenso rencor contra la morena y seductora figura de Rock Gambler. Un aventurero, un pícaro sin igual. Un hombre que despertaba pensamientos conturbadores en muchas respetables matronas. Era bien conocida en Savanah la circunstancia de que bastaba que Rock Gambler entrase en un salón, para que se alterase la atmósfera y se avivase el color normal de las mujeres, haciendo que brillasen sus ojos.

En su mente, estudió con frialdad la belleza viril y salvaje de su enemigo, El atlético cuerpo de elástica vitalidad, denotando una fuerza poco común, hecha de empuje y vigor arrollador.

La ancha boca cínica y atormentada, los largos cabellos negros, el fino bigote sombreando la sarcástica sonrisa, y el eterno destello burlón y despreciativo de los ojos negros.

Un camorrista, provocando continuas pendencias. Un fatuo, malcriado, egoísta, dotado de belleza animal...

El sueño difuminó sus pensamientos, el último de los cuales era una complacencia deleitosa, al imaginarse rindiendo de amores al que se jactaba de "irresistible domador de Evas". Y matarlo, matarlo... pero lentamente, devolviéndole la burla que le infirió mofándose de su amor.

Despertó con la sensación de que algo quemaba su rostro. No abrió los ojos, porque una repentina alarma repicó en su cerebro.

La tirantez de las sábanas... El peso que ladeaba su lecho blando, más allá de sus pies... La instintiva convicción de que alguien más que ella respiraba en su habitación...

Era sol, rayos de sol, los que ponían bajo sus párpados puntas doradas. Siguió con los ojos cerrados. No era la criada negra la persona que tan familiarmente estaba sentada al extremo de su lecho...

—Profundo sueño de candorosa inocencia. Una conciencia tranquilísima es la única que puede dar esa pura imagen de la femenina seducción durmiente.

La voz era cálida, de timbre reposado y grave.

Rita Hayward siguió con los ojos cerrados, porque sentía su sangre alterarse, con el deseo de matar... El deseo de no contemplar la sonrisa de Satán...

—Una eficaz receta contra el insomnio que leí no sé dónde, es tratar de recordar las buenas acciones realizadas a lo largo de nuestra vida. Se encuentra, tanta dificultad en hallar alguna, que termina uno por quedarse dormido de cansancio. ¿Es ésta tu receta, dama de los puñales?

Rita Hayward abrió lentamente los ojos. No se movió...

Sentado al extremo del amplio lecho y adosadas las anchas espaldas contra el respaldo de madera tallada. Rock Gambler la miraba sonriente.

En su diestra de dedos agilísimos, un dolar de oro saltaba monorrítmicamente.

—Luce el sol de un nuevo día, bella Rita. La noche huyó. No me preguntes cómo he entrado, ni llares escandalizada. Somos dos buenos amigos, Rita. Existe entre nosotros el más sólido de los lazos de unión: has intentado por dos veces matarme. Y ya al estilo de los gladiadores romanos, debería saludarte diciendo: "Ave, César, el que no quiere morir te saluda".

—Graciosísimo... ¿Me toca reír ahora o lo dejo para más tarde?

—Tu voz es aterciopelada, musical, y araña suavemente las sensibilidades varoniles. Eres hermosa. Una hermosa diablesa... Si yo fuera un curioso aficionado a preguntas inútiles, inquiriría la razón por la que tanto deseas terminar con mi preciosa existencia. Hay encono en tu mirada, pérfida doncella encantadora.

—Tiene usted dos minutos para abandonar mi alcoba. Transcurrido este tiempo, llamaré.

—Ten más generosidad, número treinta y tres.

Rita Hayward pestañeó. Ignorante de que Rock Gambler había tomado copia del documento informativo escrito por Frank Lloyd, atribuyó a secretas actividades el conocimiento que el aventurero tenía de su identidad.

—Es vergonzoso, Rita, que te hayan encasillado con un número.

—No sé a qué se refiere usted.

—Eso es. No lo sabes. Nadie tampoco lo sabrá mientras yo no halle muerte violenta a tus manos, o por instigación tuya. Somos dos bichos que gustamos de vivir peligrosamente, Rita. Podemos seguir viviendo si cada uno de nosotros se olvida del Otro. En Savannah diste muerte a un hermoso perro, y a un viejo inofensivo, ahorcando a éste para intentar que me achacaran este crimen. Tú tienes influencia sobre el jefe rural de Savannah. Escribirás una carta diciendo que el autor de las dos muertes es Frank Lloyd. ¿Motivo? Afán de suprimir obstáculos para poder dar caza a "El Halcón", tu adorado novio... ¿Sé demasiadas cosas? Ciertamente. Escribe tal carta, y olvidaré lo que sé de ti. ¿Chantaje? A tu favor. Tengo que regresar mañana a Savannah, y no quiero poner en un compromiso al jefe rural de Savannah.

—Escribiré esa carta.

—Dócil sumisión beneficiosa para ambos. Escribe, Rita. Puedes levantarte. Cerraré los ojos. No quiero sucumbir a la tentación...

Hizo ella, además de descubrir el embozo, y Rock Gambler cerró los ojos. Rápidamente las dos manos de ella desaparecieron bajo la almohada.

Había ya cogido los dos puñales, cuando sus muñecas quedaron aprisionadas.

—Olvidaste que yo no soy un caballero, Rita.

—Suelta... —suplicó ella con voz temblorosa de odio—. Me haces daño... Suelta...

—Tercer y último intento —anunció Gambler, quitando de las manos femeninas las dos armas, que lanzó hacia el techo artesonado, donde quedaron, vibrantes, clavadas en la madera.

Empujó hacia atrás los hombros de Rita Hayward, que cayó de espaldas contra la almohada.

Volvió a sentarse donde antes estaba.

—Debería regalarte un collar, Rita Hayward. Mis dos manos. Quizá sería placentero sentir cómo tu satinada piel va enfriándose... Pero tengo la debilidad de admirar las obras maestras de la naturaleza. Una tigresa en estado de reposo es un espectáculo que me entenece. Atienda. Rita: para todos los demás, la vida es una sucesión de estupideces trascendentales. Para nosotros dos, es una sucesión de peligros excitantes. Tengo como los gatos, siete vidas, porque siete veces al día me juego la vida a una carta. Por tres veces te he consentido que intentases dar muerte al pato. Mis zarpas han sido patas de terciopelo, y mi voz ronroneo cariñoso. Pero esto se ha terminado, número treinta y tres. Por mí puedes seguir siendo la dama sudista en apariencia, y la espía yanqui bajo la corteza. Pero quedas avisada de que un cuarto intento, supondría para mí la satisfacción de estrangularte.

El sardónico destello de los ojos tenía dureza amenazadora. Las palabras eran más bien mordidas entre dientes, que pronunciadas.

Rita Hayward levantóse y se sentó ante el *secreter*. Fué escribiendo. Rock Gambler, instantes después, introdujo en su manga la carta que acababa de escribir Rita Hayward para el jefe rural de Savannah, sin demostrar interés por leer lo escrito.

—Mejor... —comentó, cuando ella cubrióse con una tupida bata.

Gambler se puso en pie. En su diestra reapareció el dolar de oro.

—Esta vez he tenido estómago de rico. Esperó que no me ocurrirá como a ellos. Ya sabes la grosera comparación. Cuanto peor trates a tu estómago, mejor te trata. Y dicen que las mujeres así sois. Mejor os tratan, peor nos tratáis. Naturalmente, contigo haré una excepción. Te considero inteligente, porque... aun no te has enamorado de mí.

—Vete, Rock Gambler. Tu cinismo podía gustar a pobres mujerzuelas. A mí me das asco.

—¿Este es tu agradecimiento por olvidarte, y no declarar que fui testigo de tu asesinato?

—Me encubres porque con ello te encubres. Mutuamente guardamos silencio porque nos conviene.

En pie, Rock Gambler retrocedió un paso hacia el balcón de la terraza alta.

—Eres bonita. Pero es una lástima que seas tan cínica. Yo soy un

sentimental. Me gustan los juegos de azar, incluyendo a las mujeres. Cuando pierdo, ni me enojo ni protesto. Aprende, Rita. Si yo un día te di *jaque* no quería ser el Sansón ante Dalila, es porque comprendí que ningún hombre, ni el más atractivo, tenía la menor probabilidad de lograr tu amor. ¿Tanto daño te hizo uno? ¡Oh, qué delicioso pestañeo! Ha tenido sencillez, sinceridad...

—Vete... —la voz de ella era levemente ronca.

—Ni tú ni yo mandamos en nosotros. Voy a irme ya, porque hay exceso de jazmín en la atmósfera. Entiendo mucho de perros. ¿Recuerdas cómo tu fiero dogo lamió mi mano? También entiendo de mujeres. Lo suficiente para que me engañen una sola vez. ¿Tan cruel fué tu primer desengaño, Rita Hayward? No te escudes en eso para cometer crímenes. Llevabas ya un temperamento apasionado en tus venas. Lo desfogas matando, sembrando el mal... ¿Por qué no intentas casarte con un buen imbécil?

—Tú, por ejemplo.

—Dicen que una esposa bonita es la clave del éxito en cuanto emprenda el marido. Pero dejémonos de moralizar. Olvídame. En las noches tristes, no pienses demasiado en mí, Rita Hayward. No nos hemos conocido nunca. Es un don que te hago.. ¿Deseas preguntarme algo antes que me vaya?

—¿A qué has venido a Beaufort?

—¿Y tú?

—En Savannah te espera la linda Sally.

—En Savannah quedó la sombra de un ahorcado.

—Broderick Crawford es el delegado de los rurales en Beaufort. Le dirán que eres un jugador tramposo.

—No vine a jugar. Imítame. No hagas juegos necios. Somos dos huéspedes del "Hotel Rigaud". Una terraza nos une. Tus noches serán apacibles y dichosas, mientras te olvides de mí como yo pienso olvidarme de ti. Un trato leal.

—En ti nunca hubo ni habrá lealtad.

—Puedo ser tu espejo, pero modificaré el eco de mi réplica. En ti quizá hubo lealtad antaño. Hoy sólo hay maldad. Me gustas, Rita...

—Eres guapo, Rock.

La breve carcajada de Rock Gambler resonó con seca entonación.

—¿La sirena y Ulises? Tengo los oídos taponados con cera de miles de experiencias. Navego pasablemente, porque llevo una brújula que no capta la atracción magnética de la mujer. Ya lo sé que soy guapo. Y vanidoso. Y seductor. Las que desdeño me persiguen, y las que me desprecian dejo de perseguirlas. Pero tú y yo no somos hombre y mujer. Somos dos crímenes que la naturaleza cometió. Beso tu mano, Rita Hayward. Adiós y que nunca vuelva a hablarte a solas, porque sería para escuchar tus últimas palabras.

Ella quedóse inmóvil contemplando la retirada del hombre al cual ahora odiaba más que nunca, porque, comprendía que con él no podía luchar con las armas femeninas de seducción... "El Halcón"... Eso es, pensó. "El Halcón" la libraría de la pesadilla que sería para ella Rock Gambler en vida...

CAPÍTULO II

LOS TRES TEMAS DEL DÍA

Theodor Clayton, corpulento, de pronunciada nariz corva y ojos penetrantes, ostentaba un caprichoso mal gusto para elegir sus multicolores chalecos, cruzados invariablemente por la cadena de gruesos eslabones de oro donde coleaban numerosos dijes.

A caballo y escoltado por su capataz Jim Cordy, dirigíase en aquella mañana de marzo hacia la cárcel de Beaufort.

Con su circundante jardín cercado por ramas de glicina y abundantes rosales, la cárcel de Beaufort más semejaba un lugar de placer.

Broderick Crawford, atildado severamente, alto y esquelético, aumentada su apariencia de hombre de leyes por el aditamento de unas gafas con montura de oro, recibió a su futuro suegro en su despacho de delegado rural, anexo a la cárcel.

—Buenos días, Brod —saludó Clayton con su habitual campechanía fingida.

—Buenos días, señor Clayton. Enojoso asunto ese de la muerte del Coronel Frank Lloyd.

—Acaba de comunicármelo Bendix. Ya sabes que el Coronel me pidió le cediera a aquél, para que con sus dos perros le sirviera de guardián. Bendix se escusa alegando que el Coronel no le permitió montar vigilancia alrededor del pabellón, y permaneció toda la noche ante la casa. Sólo esta mañana, cuando el sol ya estaba alto, se dirigió al pabellón...

—Este es el atestado que ante mí tengo. Y ésta es la firma del autor de la muerte del Coronel.

Clayton ojeó el dibujo, de "El Halcón"...

—Bien, bien, bien. ¿Quién lo había de decir? Frank Lloyd un traidor...

—Nadie pone en duda las afirmaciones de "El Halcón", señor Clayton. Pero, es mi deber, que ya he cumplido, ordenar que los rurales de Carolina del Sur se lancen a la captura del...

—Inútil como siempre mi querido Brod. ¡Si nadie sabe quién es el enmascarado caballero, los rurales no van a detener a todos los jinetes forasteros que deambulan por Carolina. Y créeme, Brod. Es mejor así. Sería altamente impopular el juez que dictase sentencia de horca contra "El Halcón". No vine a hablar de Lloyd, Brod. Vine a hablar con Escipión.

—¿El negro fugado que pertenecía al Coronel?

—Me pertenece a mí, Brod. Anoche, en el baile que di para festejar tus esponsales con mi hija. Lloyd, ante testigos, me vendió a Escipión. Ordena a uno de tus rurales que lo traiga aquí.

La mirada de temor del juez no pasó desapercibida a Theodor Clayton.

—No te preocupes, Brod —le dijo.

—Escipión es muy fuerte. Tiene miedo de ser ahorcado. Puede intentar hacerle daño, señor Clayton.

Abrió Clayton su levita, mostrando su pistolera. Después señaló a sus

espaldas, donde, en pie, estaba Jim Cordy.

—No hay peligro. Tráelo, Brod.

Salió el abogado, Theodor Clayton habló sin mirar a su capataz.

—¿Sigue doliéndote la mandíbula?

—Ya no, señor.

—A mí, sí. Y también el estómago. Pero nos reiremos mucho cuando el insolente perdonavidas de Rock Gambler pierda con sus dolares la vida. Verás cómo cargo con pólvora, los puños de Escipión.

Empujado por un rural, que iba pistola en mano, entró en el despacho Escipión, rodando temeroso en la faz la única blancura de sus ojos, al estar su boca cerrada.

Era un negro de un metro noventa de estatura, grueso y ancho de espaldas, con una máscara de gorila bajo el cráneo en forma de cúpula, cubierto por cortos vellones rizados.

Sollozante, arrojóse a las rodillas de Theodor Clayton...

—¡Oh, señor, oh, señor! Intercede por mí al amo Coronel. No quiero morir. Nada malo hice. Huí por miedo a los perros, señor Clayton. Pero no incité a rebelarse a los otros negros. Les dije que debíamos ser obedientes...

—Calla, y ponte en pie, negro rebelde. El Coronel Lloyd te vendió anoche. Yo soy ahora tu dueño.

El tinte cenizoso de los pómulos de Escipión aumentó en grisácea lividez, Theodor Clayton era el más temido de los propietarios...

—Brod. Quisiera hablar a solas con este negro. Me basta con Jim Cordy para que este negro no se escape. ¿Quieres hacerme este favor?

—Inmediatamente, señor Clayton.

Crawford salió del despacho con el rural. Theodor Clayton miró en silencio al hércules negro, hacia el que Jim Cordy dirigía el cañón de sus dos pistolas amartilladas.

—Este mediodía te ahorcarán, negro rebelde —dijo secamente Clayton. Gruesos lagrimones cayeron de los ojos del atleta de ébano.

—Yo soy bueno, amo —dijo puerilmente—. Yo soy un negro bueno, amo.

—¿Te gustaría salvarte de ser ahorcado?

—¡Oh, sí, señor, oh, sí, señor!

—Escucha con atención, negro rebelde. Volverás a ser un buen negro si me sabes entender. ¿Recuerdas la vez que te pedí prestado al Coronel Lloyd?

—¡Oh, sí! —y Escipión frunció el hocico—. Fué cuando, sin querer, maté al hombre blanco qua se llamaba "pugilista".

Rió Clayton con campechanería.

—Durante dos semanas, un blanco yanqui te enseñó a boxear. Dijo que tu cabeza era una bola de metal donde los puños blancos se rompían. Dijo que tenías dinamita en cada puño. ¿Recuerdas lo que pasó? Yo aposté a favor tuyo, cuando vino el campeón del Norte. Lo mataste a puñetazos.

—Fué sin querer, amo. Sin querer. Él me pegaba y yo le pegué, como tú

me habías ordenado. Pero no he de volver nunca más a pegar a un blanco porque la muerte del caballero llamado "pugilista" me da escalofríos por las noches. Era un caballero blanco que no me había hecho nada malo. Sólo pegarme por juego y usted amo, me dijo que yo debía pegarle también por juego. Y que si no lograba, que cayera al suelo, usted me haría azotar treinta veces.

—¿Pegarías al que a mí me hubiera pagado?

El negro, con sinceridad, iba a negar con la cabeza. Corregióse a tiempo, pero la risa de Clayton le alarmó.

—Te gusta que me hayan pegado. ¿no, negro rebelde? Hay un pugilista llamado Rock Gambler que ayer noche me pegó. Pero después aceptó una apuesta. Diez mil dolares contra veinte mil míos.

—No debo luchar, amo. Le mataría —dijo, muy convencido Escipión.

—Hay una cuerda de cáñamo trenzado esperándote, negro estúpido.

—Matar a un blanco que nada me hizo, amo.

—Es un yanqui. maldito que vende armas para que sean disparadas contra señoras como la señora Helen Ryan.

Escipión que tenía la apariencia de un negro sumiso y asustado, convirtióse en un selvático monstruo de colérica fealdad.



Era un negro de metro noventa de estatura...

—¿Eso hace, amo, eso hace, amo? Lucharé con él... y lo haré caer al

suelo cuantas veces pueda, amo.

Theodor Clayton levantóse, dirigiéndose hacia la puerta protegido por las pistolas de Jim Cordy.

—Te salvarás de la horca si vences al blanco Gambler, negro rebelde. Si no le matas, tú y tu hijo Skippy seréis los esclavos de mis otros esclavos.

—Señor amo. Me daría muchos, ánimos para luchar el que vinieran a verme Skippy y la negra Bienemay.

—¿Para qué quieres ver a la aya del Capitán Carter?

—Porque ella me da siempre buenos consejos. Cuidó de mi esposa antes de que muriese.

—Bien. Ya vendrán tu raquítico hijo y la obesa Bienemay.

En la sala y después de que el rural volviera a encerrar tras las rejas al hercúleo negro, Theodor Clayton depidióse de su futuro yerno.

En la calle, encargó a Jim Cordy que ordenase a Skippy, el hijo de Escipión, que fuera a comunicar a Bienemay que el negro encarcelado y sentenciado a horca quería hablar con ellos dos.

A las once de la mañana, una negra jovial Y rolliza, de cuyos cincuenta años treinta y siete habían transcurrido al servicio de los Carter, iba camino adelante hacia la cárcel.

Bienemay, antillana española procedente de Cuba, era el aya del último varón de los Carter.

Por negra cuarentona tenía la extraña mezcla de selva y brujería y de civilización francesa y española, que la hacían ser considerada por los otros negros como un compendio de sabiduría. Pero Bienemay, íntimamente sentía un gran respeto por Escipión, el negro que sabía leer con tanta emoción párrafos de la Biblia.

Arrastrándole de su mano, colgaba un negrito de unos nueve años, flaquísimo y de miembros largos. Semejaba un junco rematado en una bola.

—Avanza, remolón —gruñía Bienemay.

—¡Oh, que no, abuela!

"Abuela" era el remoquete con que todos los jóvenes conocían a la aya de Dan Carter. La cabeza donde los rizos que semejaban blancos vellones de lana, aparecían adornados de múltiples lazos de distintos colores, movióse irritada.

—Vamos a ver a tu padre, Skippy.

—Oh, que no, abuela! Que aquello es una cárcel con hierros donde detrás ponen hombres.

—De cobardes es temer hierros.

—Muy cobarde soy entonces, abuela, pero yo no entro.

—Te voy a dar unas nalgadas, negro desvergonzado.

—¡Oh, que no, abuela! Dice mi padre Escipión que quien me pega en el sitio donde me siento, se despelleja las manos porque solo tengo huesos.

Y el niño rió mostrando la anchura de su boca. Por unos instantes pareció la imagen de un tragabolas esquelético, donde sólo tuviera volumen la boca y

los ojos.

Dió más tirones Bienemay de la delgada mano y, por fin, entraron en la sala de la cárcel. Un rural se paseaba aburrido ante las rejas.

Tras ellas. Escipión, acurrucado, hundía la cabeza entre sus manos.

El rural limitóse a señalar las rejas. Bienemay sentóse en el taburete, y en sus rodillas, en silencio, se acomodó Skippy.

Para Escipión siempre habían significado un secreto pesar las burlas que todos dedicaban a su hijo tan endeble, cuyo seso era, con toda seguridad, el de un anormal.

Levantó la cabeza, de simiesca fealdad y miró primero al delgado niño que muy seriamente le contemplaba hurgándose la nariz.

—Hola, pequeño Skippy.

—Hola, padre Escipión —saludó el niño, con su voz aflautada—. Abuela Bienemay quiso que yo viniera a la cárcel.

—Buenos días, Bienemay. ¿Cómo está el capitancito Carter?

—Muy feliz, porque al fin se decidió, la señorita Rosalie será su esposa. Esta mañana han encontrado asesinado al Coronel Lloyd. En Charleston, los malditos yanquis están tirando cañonazos contra nuestros caballeros — Bienemay hablaba con aparente incoherencia, ansiosa de que Escipión conociera rápidamente todas las novedades—. Dicen que fué el caballero "Halcón" (largos años, muy largos de vida tenga), quien hizo justicia, porque el Coronel Lloyd era un blanco malo. El capitancito Carter salió al amanecer cantando y llevando un gran ramo de flores que yo mismo preparé. Todos nuestros caballeros llevarán guantes blancos, porque no se quieren manchar las manos en su lucha contra los malditos yanquis.

—No son malditos los yanquis, Bienemay —dijo, doctoralmente Escipión—. Son blancos como nuestros caballeros. Hermanos de raza. Las guerras siempre han sido un castigo enviado desde el cielo para desparramar el fuego de la purificación sobre Sodoma y Gomorra. Lo leí en la Biblia.

—Que más leíste en la Biblia?

—Que el que a hierro mata, a hierro perecerá.

—Una vez diste muerte a un blanco, pero no tendrás castigo porque en tu alma no había deseo de matar. Tampoco ahora lo habrá, porque defiendes tu vida de negro bueno. Tienes un hijo que quedará solo, sin defensa, si tú perezes. El señor Clayton dispone de tu vida, Escipión. Si no vences al blanco con los puños, el señor Clayton te hará ahorcar. Tu hijo es débil y necesita un tronco que le dé apoyo y sombra. Debes luchar.

—Lo mataré, Bienemay. Mis puños matan.

—Tu alma no quiere matar. Lucha, Escipión. Si Skippy es azotado, sus huesos se quebrarán y vagarías por la noche aullando y rasgando tus vestiduras, como el padre que fue culpable de la muerte de su propio hijo.

—Lucharé, Bienemay, y mataré al blanco. Adiós, pequeño Skippy. Gracias, Bienemay. Tu palabra me ha hecho bien.

La negra se puso en pie y llevóse arrastrando al niño, que continuaba

hurgándose la nariz.

Escipión. tras las rejas, adoptó la postura del pugilista. Alto el rostro; sobresalientes los duros pectorales e hinchados los voluminosos músculos de sus brazos. Vencería al blanco.

En la sala de banquetes del hotel "Rigaud", hallábanse reunidos los componentes de la milicia de Beaufort. que mandaba Dan Carter.

Eran jóvenes terratenientes, orgullosos de sus grises uniformes y deseosos de lucha.

Hablaban todos del mismo tema. Veíanse al frente de galopantes escuadrones, llevando en alto el gallardete bordado de la ciudad de Beaufort.

—...y ondeará el trapo de Beaufort en las cimas de los edificios de los yanquis.

—No podrán siquiera resistir nuestro primer galope.

—No saben montar.

—No saben beber.

—No saben apostarse la vida a una carta.

—Son tenderos.

—Rufianes que nunca tiraron a pistola.

Theodor Clayton decía, de vez en cuando, alguna frase para animar aún más los bélicos instintos.

De pronto, sus ojillos hiriéronse aún más pequeños al contemplar al individuo que entró en la sala y, sentándose en un sillón, cruzó las piernas e hizo saltar en su diestra un dolar de oro.

Por un instante, las conversaciones cesaron, pero cuando vieron que Theodor Clayton acercábase al forastero desconocido, tomáronse nuevo interés por el individuo de cinto plateado donde colgaba un látigo y una larga pistola.

—Buenos días, Gambler. Sin rencor —dijo Clayton, hipócritamente, tendiendo la diestra.

—Hola, Clayton. Para marcharme de este pueblo, aguardo que me traiga usted a su negro. Métase la mano en el bolsillo, porque el rencor le rebosa de las grasas.

—Esta tarde a las cinco, podrá usted marcharse de Beaufort... si el negro Escipión se lo permite. Formalizaremos la apuesta cuando venga el Capitán Carter, que será su segundo.

—...nos han insultado y nos han mentido —estaba diciendo un imberbe larguirucho, abombando el pecho.

La conversación habíase reanudado. Theodor Clayton separó los brazos de su cuerpo y alzó las manos, en demanda de atención, mientras sonreía con maligna complacencia.

—Escúchenme todos, caballeros. Les presento al señor Rock Gambler,

forastero que nos honra con su visita.

Todos los concurrentes inclinaron la cabeza. Incorporándose a medias. Rock Gambler devolvió el saludo, Theodor Clayton prosiguió:

—Ha quedado concertada una apuesta con el señor Gambler. Ha comprometido diez mil dolares contra veinte mil míos, a que vence en combate a puños desnudos y según las reglas de la ciencia pugilística, al negro Escipión.

—Arrogante apuesta —aprobó uno de los uniformes.

—Combate que no me perderé.

—Bravo, caballero.

—Siempre, caballeros —intervino Clayton— debemos aprovechar la ocasión de instruarnos. El señor Gambler, por su calidad de extranjero y hombre que ha viajado mucho, puede ser un comentarista imparcial. Tiene una sólida reputación de que nunca calla lo que piensa. Me lo ha demostrado. En nombre de todos ustedes, invito al señor Rock Gambler a que nos dé su opinión sobre los acontecimientos.

Aprobaron los asistentes, Rock Gambler miró a Clayton.

—Si soy inteligente, no caeré en su trampa, Clayton, y mentiré. Si soy estúpido diré lo que pienso.

—Hable con claridad, señor —invitó un joven, aproximándose—. Todos podemos estar cegados por un partidismo, que a un extranjero no le influirá.

—El señor Gambler es agente vendedor de municiones por cuenta de fábricas inglesas. No dudo que habrá hecho un profundo y documentado estudio de la situación —y, volviéndose a Rock, Clayton. añadió—: ¿Estima oportuna la actitud de los Estados del Norte?

—En otra ocasión le contestaría a usted que el Norte y el Sur me tienen sin cuidado. Como muy bien ha dicho usted, yo vendo armas a quien las quiere disparar y no le pregunto si tiene o no razón.

—Pero a nosotros nos asiste la razón —estalló impetuosamente uno de los reunidos, siendo aprobado por los demás.

—Eso es lo bonito de las guerras. Todos creen tener razón... y así prosperamos los agentes que de ellas vivimos. Dicho de otro modo: cuantos más muertos haya, menos vivos quedamos, lo cual es mi gran consuelo.

Theodor Clayton rió. Pero todos los demás miraron, con el ceño fruncido, al que acababa de hablar.

—Si ustedes estuvieran en el pellejo de los del Norte —siguió diciendo Gambler —y ellos fueran los que hubiesen intentado separarse de la Unión, ¿cómo hubieran obrado ustedes? Probablemente de la misma manera que ellos.

—Ellos fueron los que provocaron metiéndose a redentores de esclavos que no piden ser liberados. Si tan documentado está usted, señor Gambler, habrá podido observar que los negros maldicen de los yanquis.

—En efecto, señor. Pero éste sólo es el motivo aparente, porque todo incendio necesita una chispa. Si todos estudiaran con calma los sucesos y no

se calentaran la cabeza, no habría guerras. Y cuando acaban, nadie sabe con certeza qué fué lo que las provocó.

—Si invadieran su territorio ¿usted no lo defendería?

—Sí. Pero primero trataría de pactar con el invasor. Y si su actitud fuera ultrajante, empuñaría las armas. Pero el caso presente no es de invasión. Es de disenso acerca de un punto.

—Su modo de enjuiciar, señor —dijo, con tiesura, uno de los oyentes— es levemente humillante para un caballero.

—No pretendo ser un caballero, sino un charlatán que está cometiendo la estupidez de hablar pudiendo callarse. Pero he sido invitado a ello y nunca rehusó las invitaciones. Escúchenme, jóvenes comedores de fuego. Yo, he combatido en Europa y sé lo que es. Fuí lo bastante loco para meterme en una de tantas diversiones que periódicamente organizamos los europeos para sacudirnos el tedio. Ninguno de ustedes sabe lo que es la guerra. Creéis que es únicamente montar en un hermoso caballo y que las muchachas os tiren flores al pasar llamándoos héroes. No es así, señores. Es padecer frío y hambre a veces; dormir a la intemperie sobre el suelo húmedo; soportar las más duras penalidades aguardar con los dientes apretados y el estómago tembloroso, el momento de ir a matar.

—Un hombre valiente no experimenta estas sensaciones.

—¿No? Ya las conocerá, mi joven valiente. No puede usted dominar su cuerpo aterido. Cuando los piojos le arañen el cuerpo, rásquese y piense en mis palabras. Ellos le dejarán muchas condecoraciones...

—Son palabras de... de revolucionario —estalló uno de los oyentes.

—No, hombre, no. Quizá si yo fuera un caballero y del Sur, estaría tan indignado como ustedes lo están al oír hablar así. Yo soy un vendedor de balas. Por lo tanto, cuantos más cuerpos haya para servir de blanco... ¡viva la guerra!

Los rojos labios del que hablaba arqueáronse bajo el bigote negro y en los oscuros ojos brilló un divertido desprecio, como si hablase con infantiles fanfarrones.

—Por la correcta acogida que se debe a un forastero —intervino Clayton, amablemente— estos jóvenes caballeros no le harán constar que tiene usted una sonrisa muy desagradable.

—Es un arma ofensiva. Empléenla, señores.

—¡Usted dirá lo que quiera! —exclamó uno de los uniformados—. Pero los desharemos en menos de un mes. Ellos son chusma. Nosotros, caballejos.

—Tengo hartura de esta palabra, señores. ¿Es que acaso en la vida todo se reduce a proclamar la propia caballerosidad? hay cosas mucho más prácticas. ¿Han pensado ustedes, señores, que no hay ni una fábrica de cañones al sur de la línea donde se concentran los del Norte? ¿Han pensado en las pocas fundiciones que hay en el Sur? ¿Han pensado que no tienen ni un barco de guerra y que los yanquis pueden embotellar todos los puertos del Sur y que ustedes se quedarán sin vender su algodón en el extranjero? Pero... ¡qué

duda cabe! To- dos ustedes ya habrán pensado en esto.

Era tan evidente la mofa de la última frase, que un muchacho de dieciocho años, centelleante la mirada, gritó:

—¡Este... forastero nos está diciendo que somos una partida de tontos!

Algunos avanzaron, crispadas las mandíbulas. Theodor Clayton se colocó junto a Rock Gambler, como para recordar a todos los presentes que aquel hombre era un forastero y la hospitalidad del Sur no podía quedar desmentida.

—Lo malo de todos ustedes —siguió diciendo Gambler, como si no percibiera la atmósfera de hostilidad— es que no han viajado lo suficiente o no subieron sacar provecho de sus andanzas. Han visto hoteles, bailes y casas de juego. Y han vuelto a sus casas creyendo que no hay nada que pueda, compararse al Sur. Pero Yo soy inteligente, señores. Lo hago constar por si no se dieron cuenta. He visto en el Norte muchas cosas que ustedes no quisieron ver. Los millares de emigrantes Que lucharán gustosos con los yanquis, por la comida y unos dolares. He visto las fábricas, las fundiciones, los astilleros, las minas de hierro y de carbón. Todo aquello de lo cual ustedes carecen. Aquí en el Sur he visto, mucho algodón, esclavos y arrogancia. Los yanquis los aniquilarán, señores.

Un acaloramiento exacerbado contagióse entre los oyentes. Adelantábanse apresurados, para ser cada uno el primero en llegar a retar al insolente y atrevido que se permitía la libertad de hablarles así, cuando en el umbral del salón resonó una voz tajante:

—¡Alto todos!

Quedaron los interpelados en sus posturas agresivas, inmóviles. Avanzó el que acababa de hablar.

Vestía el uniforme gris y en el sombrero de anchas alas llevaba la triple escarapela dorada de su grado de Capitán. Tenía un rostro irregular, de franca simpatía, aunque en aquellos instantes era un enérgico jefe, pesé a su juventud.

—Retroceded, caballeros. Estuve escuchando. Lo confieso —dijo Dan Carter, sin mirar a Rock Gambler—. No debieron pedir parecer a un forastero, que empezó por admitir que su oficio era vender armamento a quien se lo pagase. Y usted, señor Clayton, no debió tomar esta sala como testimonio de sus particulares rencillas con el forastero. Como hombre del Sur, repudio las palabras que he oído. Podrán ser veraces. Ellos tendrán cañones, fábricas y mercenarios. Nosotros tenemos puños, caballos y corazones. ¡El Sur granará!

Estalló un coro de exclamaciones aprobatorias.

Rock Gambler levantóse. De frente al grupo de reunidos, hizo chocar sus tacones y se inclinó como un maestro de baile, con una reverencia graciosa en un hombre tan fuerte. Una reverencia que producía el insolente efecto de una bofetada.

—Saludo al brioso Capitán Carter. Si las guerras se ganaran con los puños, al galope y tirando corazones por proyectiles, habría alguna

probabilidad para el Sur. Pero ¿oyeron ustedes hablar alguna vez de un energúmeno llamado Napoleón? Era un talento. Y dijo que la victoria se ponía del lado de los estrategas que luchaban con la fuerza de una convicción. Ustedes tienen una convicción pero les falta estrategas. Perderán. Y ahora, si bien estoy en mi casa, porque los hoteles son los hogares de los vagabundos, les dejo... porque por hoy he oído bastantes tonterías.

Theodor Clayton alcanzó al que se iba, y le tocó en el hombro. Rápida la zurda de Gambler, apartó de un manotazo vigoroso la mano que se apoyaba en su chaqueta.

—No se manche, Clayton. Quiso un festejo y lo tuvo. Seguramente, por si su negro no me tumba, quiere usted que algún caballerito de esos, justamente indignado, venga a cortarme el paso de salida ¿no?

—Siempre mortificante —sonrió el aludido—. A las cinco de la tarde, le esperaremos en mis jardines. Traiga sus diez mil dolares.

—Después del negro, si le queda algún otro pelele, estaré dispuesto a tundirle las costillas.

—Jim Cordy, el capataz, tiene su barbilla dolorida.

—¿Y la suya, qué tal le va? Me quedé con ganas de repetir, Clayton. Y tengo barruntos de que antes de irme de Beaufort, usted y yo tendremos un disgustillo. Yo, el de perjudicarme los nudillos y usted el de lamentar la pérdida de varios colmillos. Hasta las cinco. "Shylock".

Theodor Clayton quedóse riendo, pero sus ojillos nada tenían de risueños.

Al mediodía pasó a visitar de nuevo a Escipión. En su mente había el recuerdo de que Rock Gambler le oyó hablar de los "estúpidos sudistas sin armas", "almacenar y luego venderles más caro"...

Escipión afirmó, repetidamente que daría muerte al blanco malo. Clayton afirmó más escuetamente, que si no vencía al blanco, sería ahorcado y su hijo azotado hasta que sus huesos crujieran dejándole inútil.

Regresó al "Hotel Rigaud". Los tres temas del día habían sido: la muerte del Coronel Lloyd a manos de "El Halcón", la guerra y el inminente combate de boxeo entre el forastero y Escipión.

Ahora había un tema nuevo. Todos deseaban saber quién era la hermosa desconocida que comía solitaria en una salita del hotel, servida personalmente por Rigaud, que la hacía objetó las mayores muestras de deferencia.

Tras ella, una negra hacía ondear un enorme abanico, espantando las raras moscas que pudieran revolotear alrededor de la mesa.

En otra, junto a la ventana, Rock Gambler comía. Y los dos huéspedes del "Hotel Rigaud" tenían todo el aspecto de no haberse visto nunca.

CAPÍTULO III

LA PETICIÓN DE HELEN RYAN

A las tres de la tarde, Rigaud sintióse literalmente abrumado de

satisfacción cuando ante el hotel, se detuvo el fogoso caballo diestramente conducido por la "gran dama" de Beaufort.

Helen Ryan contaba treinta y cinco años, pero aparentaba muchos menos. Menuda y vivaracha, su aspecto de muñeca ocultaba una energía voluntariosa.

Y sólo ella sabía el esfuerzo que le costaba el verificar el paso que daba, yendo a visitar al hombre que consideraba un despreciable aventurero, capaz de toda las villanías.

—Si la señora me lo permite —dijo Rigaud, a modo de saludo— deseo humildemente hacerle constar el íntimo regocijo que me ha producido saber la noticia de los esponsales de *mademoiselle* Rosalie y el Capitán Carter. La unión de dos nobles, caracteres colman de alegría, a todos los que en Beaufort reverenciamos el nombre de Ryan, lo cual es decir que todo Beaufort celebra con alborozo este gran suceso.

—Gracias, Rigaud. Es usted un delicioso europeo. Muchas veces he opinado que haría usted un magnífico chambelán.

Sentóse ella en el saloncito lujoso destinado a las visitas del particular agrado del francés.

—¿Quiere usted notificar al señor Rock Gambler que deseo hablarle?

Rigaud adoptó una expresión indecisa.

—Pido mil excusas, señora Ryan, por mi intromisión... Pero, el individuo al cual usted alude no es digno de... Esta misma mañana hablé contra los valientes caballeros que...

—Ya sé, ya sé —dijo Helen Ryan, sonriendo, aunque la fusta que empuñaba se agitó nerviosamente en su diestra—. No se preocupe por mí. Rigaud. No necesito protección, ni tampoco hay que exagerar. Hasta ahora, en la única ocasión que he tenido de hablar con el señor Gambler, ninguna queja tengo de él. Avísele. Aquí espero.

Instantes después, Rock Gambler, llevando bajo el brazo su ancho sombrero. inclinóse ante Helen Ryan, cuya mano besó.

Toda la inteligencia y dominio de sí misma que poseía Helen Ryan, sufrían una dura prueba. Quería gritar al rostro de aquel hombre todo el rencor que hacia él sentía.

Rencor de madre, contra el que, según confidencias, había dicho que tendría sumo placer en delatar al misterioso y desconocido "Halcón"...

Pero empleó el recurso de supeditar su propio impulso, al deseo de no perjudicar con imprudentes palabras la suerte de su hijo.

—¿Le causa extrañeza mi visita? —inquirió, con cierto desasosiego.

—No debió Usted molestarse, señora. Bastaba enviarme un aviso y hubiese tenido gran honor en visitarla en su casa.

La cortés actitud del aventurero, era interpretada por Helen Ryan como un fingido disimulo que encubría hirientes presunciones ofensivas, en el que alardeaba, según había contado Theodor Clayton, de causar íntimas emociones en los más virtuosos caracteres femeninos.

—Debo hablarle de dos temas muy privados, señor Gambler. ¿Tiene a bien cerrar la puerta? Gracias. ¿Quiere usted sentarse? En pie, resulta usted demasiado imponente y más difícil me resulta lo qué vengo a decirle. Es una petición a la que concedo mucha importancia.

—En lo que pueda servirle, disponga de mí.

—¿Es cierto que esta tarde a las cinco tendrá lugar en los jardines de la casa del señor Clayton un cruel y desagradable espectáculo, resultante de una apuesta cruzada entre él y usted?

Asintió mudamente Rock Gambler. La eterna burla que en su íntimo ser alentaba contra todas las situaciones en que se hallaba, hacía que inconscientemente brillase en sus ojos un destello sarcástico.

Helen Ryan aprobó mentalmente la frase de Clayton: "Rock Gambler es un individuo que inspira vehementes deseos de abofetearle"

—¿Usted conoce al negro contra el que se ha comprometido a luchar esta tarde?

—Sé que es un negro. Es cuanto sé acerca de él. También creo que dicen qué posee ciertas nociones de la ciencia pugilística.

—¿Sabe usted que Escipión mató en combate leal a un pugilista yanqui muy experto?

—Un accidente que puede producirse en las más inofensivas circunstancias.

—No puede usted exponerse a un fatal accidente.

—Los riesgos me atraen y me produce gran satisfacción el vencerlos.

—He venido a pedirle que cancele la apuesta, señor Gambler.

—Cuando fui presentado a usted, señora, el honrado y sincero Capitán Carter dió a comprender bien claramente que yo no poseía esta torpe crueldad llamada honor. Pero se olvidó notificar que tengo dos honrillas: la de nunca volverme atrás en una apuesta y la de mi gran orgullo en no renunciar nunca a una pelea.

—Sabido es que goza usted provocando, señor Gambler. Yo no quisiera que nuestra conversación tuviera enojosas ironías semejantes a los amables "tocados" de un combate de esgrima con florete. He venido a hacer un llamamiento a su prudencia.

—Si tuviera esta cualidad, no sería quien soy.

—Creo que bajo su aspecto de imprudente, encubre usted mucha cautela. ¿Va usted a exponerse a caer destrozado bajo los puños de un pobre negro que luchará desesperadamente, ignorante él mismo de la potencia demoledora de su fuerza?

—Tiene usted fama de sincera, señora Ryan. Consérvela.

—¿Qué quiere usted decir?

—No le preocupa lo más mínimo mi suerte. Casi estaría por decir que el hecho de que yo fuera la segunda víctima de Escipión, la colmaría de un extraño sentimiento. Satisfacción por un lado y remordimiento por otro. Remordimiento porque es usted buena y no quede desear la muerte de un ser

humano, aunque éste sea, como yo, muy poco de su agrado.

—En el escaso tiempo que lleva usted en Beaufort, ha dejado bien demostrado el prurito (alarde casi infantil en un caballero de su estatura) de que le complace decir verdades. Pero no puede usted pretender adivinar los pensamientos de los demás. ¿En qué se funda para creer que me tomo la molestia de pensar en usted con desagrado?

—Esta misma frase lo demuestra, señora. No está usted a sus anchas. Viene a visitarme, colmándome de honor, pero sus ojos no pueden mentir y hay en ellos aversión.

—Supongamos que no esté conforme íntimamente con su modo escandaloso de vivir. Eso es todo. Pero no soy quien para censurar ni reprochar. Todos somos libres de elegir frente a la vida la actitud que más nos convenga. Bien, señor Gambler, en algo ha acertado usted. No es de mi agrado porque somos distintos y si he venido a rogarle que cancele su apuesta, no es por temor a que usted salga perjudicado, sino porque no deseo que a Escipión le suceda ningún daño. Ignoro cómo lucha usted. Lo único que sé es que en el caso de que Escipión hiciera perder su apuesta a Theodor Clayton, el pobre negro saldría muy perjudicado. En resumen: por causas que prefiero ignorar, Clayton ha hecho de este combate un asunto de vida o muerte para Escipión. Y tiene derecho a hacer con él lo que quiera...

—Inconvenientes de ser propietarios de esclavos, señora. ¿Por qué no le pide usted a Clayton que cancele, la, apuesta?

—Se lo he pedido, pero, con muy buenos argumentos, se ha negado. Ha venido casi a decir que es un asunto en el que las sensibilidades femeninas deben descartarse.

—Coincido con él, señora.

—¿Usted tiene alma?

—Supongo que sí. ¿Por qué?

—¿No le causaría el menor remordimiento saber que, si vence a Escipión, éste podría ser ahorcado?

—¿Se lo causaría a él matarme?

—Es cosa distinta. Escipión es un esclavo fugado, cuyo castigo era la horca. Clayton le perdonó, pero en realidad fué un aplazamiento, porque la ejecución tendrá lugar según sea el resultado del combate.

—Feas costumbres ésas, de las cuales para nada soy el responsable. Yo me limité a cruzar una apuesta, ignorando siquiera quién iba a ser mi adversario.

—Escipión tiene un hijo. Un infeliz casi demente. Este niño quedará desamparado. Los negros son niños crueles. Skippy, el hijo de Escipión, sin el apoyo de su padre, crecerá sin defensa.

—Muy sensible, pero cuando dos combatientes se encierran entre cuatro cuerdas, no se detienen a meditar en la familia del adversario.

—Como me suponía, es inútil tratar de conmover sus fibras sentimentales, ¡porque usted carece de ellas!

—¡Ah, ah!... —y Rock Gambler agitó un índice—. Antes me acusó usted de pretender adivinar pensamientos. No incurra usted en el error de pretender descubrir de qué carezco.

—Lo está demostrando.

—El mundo es un vasto escenario, señora. Cada uno representa su papel. A mí me tocó ser el "hombre malo", y es un papel que desempeño con agrado.

—Y con tanta naturalidad que nadie puede dudar de que... Perdón, nos pusimos de acuerdo en procurar no zaherirnos. Voy a hablarle en el único lenguaje que creo asequible a sus sentimientos. ¿Es impertinente preguntarle a cuánto asciende el importe de la acuesta?

—Diez mil dolares míos, contra veinte mil de Clayton.

—Si a las cinco en punto tiene usted la bondad de visitarme, le entregaré personalmente cincuenta mil dolares, con la única condición de que se marche usted de Beaufort sin combatir con Escipión.

—Su oferta es generosa y tan cortésmente expuesta, que, aun cuando no tuviera yo la epidermis de un rinoceronte, no podría darme por ofendido.

—Bien, ¿entonces a las cinco?...

—Estaré entre cuatro cuerdas ante su protegido.

—¿No presume usted de inteligente? ¿Va a perder cincuenta mil dolares seguros para intentar ganar veinte mil muy improbables?

—Desconoce usted la gran fuerza que tiene ese vicio llamado puntillo. Por ésta tara, enamorados riñen y alejan la felicidad. Por, este torpe amor propio, naciones entran en guerra. En el caso presente, además de ir en busca de los veinte mil dolares de Clayton, voy también a satisfacer una vanidad de atleta. Así como hay damas muy orgullosas del color de sus ojos, hay hombres muy inclinados a que los demás admiren su fortaleza física.

—La vanidad Es cualidad afeminada, señor Gambler.

—Tiene usted una fusta en la mano, y se me antoja florete, señora.

—La fuerza bestial nunca causa admiración. La mujer siempre admira más al hombre bueno e inteligente.

—Excúseme, señora, si le digo que acaba usted de mostrarme una ingenua faceta de su inexperta bondad. ¿Usted ha presenciado alguna vez un combate entre púgiles?

—Ese bárbaro deporte inventado por los ingleses no contará nunca con la aprobación de las mujeres norteamericanas, ni de ninguna mujer digna de tal nombre.

—Me inspira usted grandes cantidades de indulgencia y benévola compasión, señora, ante tamaña ingenuidad. Varias veces, por apuestas, he combatido en Inglaterra contra adversarios bastante cotizados. Le digo esto para que tranquilice su ánimo y no tema por mí.

La evidente ironía hizo sonrojarse a Helen Ryan. Sonrojo de cólera contra el que la hablaba con amable entonación casi cariñosa. Y era más ofensiva aún aquella actitud...

—Ahórrese sus sarcasmos, señor Gambler. ¿No iba usted a decir algo

para demostrarme que alardea de escéptico?

—Iba a explicarle una anécdota. Un periodista me hizo notar que lo que hay de extraordinario en el pugilismo es que el boxeador nunca se ve combatir y el espectador no se ve nunca "mirando el combate". Si unos y otros pudieran verse, es posible que el pugilismo como espectáculo no progresaría a marchas agigantadas. Mis primeros combates los hice en reuniones privadas y temiendo siempre la aparición de los defensores de la ley. Hoy en día, ya se colocan sillones y bancos para acomodar a personalidades de todas las actividades humanas,.

—Charla interesante, pero puede abreviar, porque nunca, nunca presenciaré yo. un espectáculo tan bárbaro... y tan canallesco.

—Bien definido. Es canallesco y noble a la vez. Bárbaro y correcto. Pero terminaré con mi anécdota. Para el pugilista, el lugar donde están los espectadores, visto desde las cuerdas, es una pesadilla, algo de Edgar Poe, el infierno con sus condenados, sus llamas y su humo. Flota un ambiente de dureza, de maldad cruel y sanguinaria. No hay almas, sensibilidades ni piedad. Naturalmente ésta es la impresión que causa en un caballero pugilista inteligente y sensible como yo lo soy.

La pausa de Rock Gambler fue esta vez colmada por una sonrisa despreciativamente irónica de Helen Ryan.

—Me acuerdo que un día, mientras mi cuidador me atendía, vi a una mujer inglesa muy joven instalarse en la segunda fila de sillones, al lado de su marido. Digo su marido, porque la pareja tenía ese aspecto decepcionado, cuerdo y aburrido de seres que ya se conocen demasiado. Al primer cambio de golpes con mi contrincante, pude ver un instante que ella ocultaba el rostro tras sus manecitas. No quería ver. Tenía miedo. Se estremecía cada vez que mi puño chocaba contra mi adversario. Cuando éste cayó, la vi discutir con su marido. Se notaba que ella quería irse, asqueada, pero él se reía, negándose a marcharse. ¡Cómo me gustaba aquella dama! Para mí, era la representación de todo lo que estaba ausente en aquel lugar: poesía, dulzura, bondad... Pero cuando mi adversario se levantó y de nuevo intercambiamos golpes con encarnizamiento, ella dejó de ocultar el rostro tras las manos. Había sangre en el rostro de mi contrincante... Ella, inclinada hacia delante, jadeaba, brillantes los ojos. Sus manecitas, cerradas apretadamente, repetían los puñetazos que veían. Se había acabado la bondad. Estaba presente el eterno instinto salvaje ancestral. La mujer que reverencia al triunfador. Le he dado a conocer esta desilusión mía, para patentizar que conservo ya poquísimas ilusiones.

—Quizá si hubiera tratado a mujeres de otra clase, no hablaría así. Generalmente, los hombres que fingen desprecio hacia la mujer, creyéndola desprovista de cualidades, son pobres seres amargados, incapaces de hallar los sensibles y buenos aspectos del alma femenina.

—Posiblemente así será. ¿Escribimos en colaboración un manual que trate de la piedra filosofal amorosa?

—Sus ironías no me hacen mella.

—Lo celebro, porque deploraría causarle gracia.

—Resumiendo: ¿acepta o no mi oferta?

—Hágame otra, porque ésta no puedo aceptarla. Así caigan rayos, nada ni nadie me impedirá combatir con el ogro Escipión, y por todos los medios tratar de demostrar que es muy vergonzoso oponer un mísero esclavo negro a todo un caballero blanco.

—Ni él es mísero, ni usted es un caballero.

—Coincidimos por una vez. ¿Qué más desea decirme, -señora?

—Detesto su aparente cortesía. Lo considero casi un insulto. Como si pretendiera ser un gato jugando con un ratón.

—No lo pretendo. Suponga que hace tiempo perdí la costumbre de ser cortés, y eso es lo que ocurre. Dijo usted que deseaba tratar de dos temas. Uno ha quedado ya discutido. ¿Cuál es el otro?

Helen Ryan supo afectar una indiferencia absoluta.

— En Savannah le llaman "el jugados de su vida". Pretenden que su jactanciosa fanfarronería ha llegado hasta el punto de jugarse el derecho a disparar ante testigos, volteando una moneda.

—Tengo siempre buen partido con la suerte. Me favorece.

—Pero hay un juego muy peligroso, señor Gambler. Usted parece ignorar que en el Sur hay cosas... que no deben hacerse.

—Oriénteme, señora. ¿Cuál, por ejemplo?

—Existe un noble aventurero, de rostro enmascarado, que defiende al pobre castiga al rico injusto.

—Romance de Edad Media. ¿Quién es ese deportista?

—Ya le hablé de él.

—¡Ah, sí!... ¿"El Halcón"?

—Para el Sur, "El Halcón" es una institución de caballerosidad. Quien pretenda hacerle daño, contará con la enemistad de todos los seres de buenos sentimientos. Hablaré claramente, señor Gambler. Se ha dicho que usted alardeó de conocer; la personalidad de "El Halcón" y que, cuando pudiera, iría a lograr la recompensa ofrecida por su captura.

—Quién lo dijo fué el Coronel Lloyd, muerto esta noche por "El Halcón", según rumor que circula por Beaufort. ¿No es extraño que "El Halcón" diera muerte a uno de sus defensores? Pero no aduzcamos razones sentimentales. Pasemos a las prácticas. Si yo supiera qué personalidad se encubre bajo la máscara de "El Halcón", no dude usted ni un solo instante, al igual que todos los del Sur, que ya estaría en posesión de los diez mil dolares ofrecidos. No sé quién es, y lo lamento.

Helen Ryan pesos en pie. Arqueó entre sus dos manos la fusta.

—Muy buenas tardes, señor Gambler. Intentaré por todos los medios olvidar que le he conocido.

—A mí me será imposible olvidar que he tenido esa gran satisfacción. Nunca olvido la imagen de una mujer hermosa, tanto más deseable cuanto más lejana.

—Ambiguo cumplido. No me ofendo por él, ya que al visitarle vine dispuesta a soportar peores frases.

—Siento haberla defraudado. No pierdo el tiempo en salvos.

—Casi se diría que halla usted un íntimo regocijo en suscitar antipatías.

—Es más cómodo. Ser simpático obliga a soportar los inconvenientes de las amistades.

Acercábase ya ella a la puerta, que abrió, y dijo:

—Hago votos para que Escipión borre de su rostro esa impertinente sonrisa.

—Una ilusión que sentiré mucho esfumar, Beso sus pies, señora Ryan.

Salió ella. Por unos instantes, quedó Gambler pensativo. De pronto, silenciosamente, corrió hacia la ventana comunicante con una terraza que estaba velada por una cortina, y aparto ésta.

Saltó al exterior. No había nadie. Husmeó en el aire, y le complació comprobar que no había sido un fallo de su sexto sentido, que le había advertido la presencia de alguien allí, durante su conversación con Helen Ryan.

Dilatadas las fosas nasales, en amplia aspiración, reconoció el perfume especial donde el denso aroma del jazmín atenuábase con el frescor de una esencia de limón.

El perfume que usaba Rita Hayward.

CAPÍTULO IV EL COMBATE

Rita Hayward aceptaba con aspecto aparentemente molesto el homenaje de las miradas masculinas. Deseaba conocer a Theodor Clayton, pero cuando éste, mediada la tarde, llegó al "Hotel Rigaud", ni una sola vez miró ella hacia donde el hacendado estaba conversando animadamente con el francés.

Fingió seguir leyendo el volumen de cubiertas de tafilete, donde con letras de oro resaltaba el nombre del poeta Longfellow.

Rigaud actuó de embajador. Tarea que le encantaba. Su reverencia fué muy Tercer Imperio.

—Pido perdón a *madame*. *Madame* es del Sur, y no desconoce la proverbial hospitalidad de los caballeros de toda esta comarca bendita, donde aun se rinde culto a los modales que, si los yanquis tildan de "versallescos" y desplazados, son demostración de que la cortesía es una virtud que hace amable la existencia. Desearía que *madame* me permitiera aprobar la libertad que me he tomado de asegurar al señor Clayton que usted consentiría en que le fuera presentado. El señor Clayton conoció al señor Hayward hace años, y ha sido para él una gratísima sorpresa saber que *madame* es la hija del que un día fué su amigo. ¿Puedo rogar a *madame* que me honre presentándole al señor Theodor Clayton?

Acogió ella con una leve inclinación de cabeza el profundo saludo de

Clayton, quién beso su mano.

Rigaud alejóse complacido. Indudablemente Rita Hayward era una gran señora.

Recordó Clayton los viajes que en su juventud realizaba a Nueva Orleans, describió el hogar de los Hayward, trazó una graciosa semblanza de la muchachita de trenzas que correteaba por el jardín, mientras él hablaba con su padre. Supo ser un campechano "viejo amigo".

—...y no puedo consentir bajo ningún concepto que la hija de un amigo mío se aloje en un hotel. Su estancia en Beaufort, que deseo se prolongue lo más posible, tiene que embellecer los muros de mi casona.

—Agradezco muy cordialmente su amable ofrecimiento, señor Clayton. Pero desde la muerte de mi padre me he habituado a una vida de continuo viajar, y soy poco sociable. Sería un huésped descortés, dadas mis costumbres independientes.

—Que yo respetaré. Acepte, señora Hayward. Mi hija estará contenta de tener una juvenil compañera.

Insistió él abundando en argumentos cordiales. Y creyó haber conseguido un primer triunfo, cuando siempre, amparándose en su "amistad" con Hayward de Nueva Orleans, logró que ella aceptase ser su invitada, tuteándola con paternal campechanía.

—Enviaré un coche para recoger tu equipaje hacia las seis. Desearía ya tenerte en casa, pero a las cinco, y falta escasamente media hora, tengo en mis jardines un espectáculo que no quiero imponerte, porque es cruel, y para quien, como tú, lees poesías de Longfellow, resultaría deprimente.

—¿Se refiere usted a la apuesta?

—¡Ah! ¿Pero va lo sabes?

—En nuestras ciudades los rumores corren pronto cuando se trata de hechos que sobresalgan de la vulgaridad cotidiana. Déjeme presenciar ese combate, señor Clayton.

—Te disgustará, Rita. El negro es un cíclope que, acuciado por un instintivo temor, redoblará sus fuerzas instintivamente salvajes. Un espectáculo desagradabilísimo. Te desmayarás viendo correr la sangre...

—La visión de la sangre me causará escalofríos y quizá estaré enferma después. Pero quiero presenciar cómo el negro destroza a ese blanco insolente.

—¿Conoces a Rock Gambler?

—No. Nunca he hablado con él. Pero le vi una vez en Savannah, y este mediodía aquí por segunda vez. También él se aloja aquí.

—¿Te ha ofendido?

—Simplemente con la mirada, señor Clayton —y ella bajó pudorosamente los párpados.

Sus tácticas variaban según a quién iban destinadas. Conocía el estilo "paternal" de los caballeros que deseaban proteger la cándida viajera solitaria. Y a ese estilo oponía el muy suyo de la muchacha de carácter independiente

pero necesitada de protección contra los desafueros de los audaces galanteadores.

—No volverá a ofenderte. Te lo aseguro. Y ahora comprendo que tengas interés en presenciar el combate —luego, alzando la voz, llamó—: ¡Jim!

Su capataz tomó la orden de salir al galope y regresar con un coche. Alejábase el rumor de los cascos del caballo cuando en la salita entró Rock Gambler.

Theodor Clayton levantóse.

—Próxima está ya la hora, Clayton. ¡Ah, perdón!... No quisiera inmiscuirme en conversaciones privadísimas.

—Señora Rita Hayward —presentó Clayton—. Este caballero es el señor Rock Gambler.

—Beso a usted la mano, señora —dijo Gambler, inclinándose.

Ella siguió siendo la muchacha ofendida. No miraba al aventurero, esperando que de un instante a otro él revelase algún detalle comprometedor, poniéndola en evidencia ante el hacendado.

—¿No tuve el honor de conocerla antes, señora? —inquirió Gambler, arqueando las cejas en sarcástica y exagerada mueca.

—Por vez primera le escucho, señor —dijo ella con sequedad.

—Entonces, ¿por qué desea tanto que me "desencuaderne" el negro?

—¡Ha escuchado usted la conversación! —exclamó Clayton, irritado.

—Naturalmente. Es un vicio que me deleita. Está usted encantador, Clayton, en su papel de hospitalario sudista. Mientras le escuchaba, recordé un cuento que en mi infancia me erizaba el vello. Ese que dice: "Abuelita, ¿por qué tienes los ojos tan grandes? —y Rock Gambler imitaba la voz de una niña, para añadir con voz cavernosa—: "Para mejor verte". "Abuelita, ¿por qué tienes los dientes tan largos?..."

—Conozco el cuento, Gambler. Ahorre sus ofensivas alusiones que si a mí personalmente no me irritan, porque no me atañen, podrían molestar a la señora Hayward.

—¿Por qué? No era más que el cuento de Caperucita Roja y el lobo. La señora Hayward ha de quedar muy agradecida de que la ponga en guardia contra supuestos caballeros como usted. No crise los puños, Clayton. Sabe sobradamente que sus músculos no le sirven. Y no quiera dar un espectáculo ante una señora.

—Sus insinuaciones afrentosas contra el señor Clayton no merecen más que mi más hondo desprecio —dijo ella.

—Encantadora caperucita. Cuidado, lobo —y el índice de Gambler repiqueteó en el chaleco vistoso del hacendado—, que a veces las corderas mellan los dientes más retorcidos.

Rita Hayward levantóse apoyando su mano en el antebrazo de Clayton.

—Acompáñeme, señor Clayton. No quiero estar un solo instante más oyendo las descortesías de ese... mal educado e insidioso sujeto..

—Un cuadro enternecedor. La virtud ofendida apoyándose en el recio

brazo protector. No se olvide sus poesías, señora Hayward. En su tumba el pobre Longfellow debe llorar amargamente. Escribió sus bellas sandeces consumiendo en ellas alma y vida. Recíteselas al claro de luna al lobo, y esto podría terminar en boda.

Instantes después, represaba Clayton. Simuló un aspecto de reprobación amistosa.

—Es usted incalificable, Gambler... Hizo usted que la señora Hayward se ruborizara de enojo.

—Envidie esa facultad. ¿Cómo demonios se las compondrá para que en sus mejillas asome ese delicioso color de virgen ofendida?

—Entre amigos podemos hablar claro, Gambler. Conocía usted ya a Rita Hayward? ¿Acaso...?

—Apártese unos centímetros, Clayton. Me da asco. ¿Conque amigos?... Está usted deseando que su gorila me machaqué...

—Una apuesta, amigo. Dígame: ¿acaso Rita tuvo ya algún amorío que...?

—En el fondo, Clayton. sólo me inspira usted deseos de romperle la boca y patearle la panza. Es casi simpatía. Usted va siempre a lo suyo. Procure ahora no caer en la cuneta. Rita y usted me tienen sin cuidado... Ahí llega su coche. Transporte a la dama, y allá en su jardín ultimaremos los detalles.

—El Capitán Carter está ya allí. Es su segundo.

Vió Clayton montar al aventurero en su potro negro. Jim Cordy, el capataz, entró en la salita. Miró hacia donde señalaba su patrón.

—Seguramente Escipión matará a ese truhan, Jim. Pero, por si falla, tú y los gemelos Trimball aguardaréis en el cuarto de vestirse. Sin ruido. Él tendrá que desnudarse para combatir. Volverá desarmado si vence... Varios culatazos en la nuca y en el rostro. Otros en el corazón... y no será la primera vez que un pugilista muere de resultas de un combate. Yo entretendré al Capitán Carter para que no acompañe a su púgil al vestuario. ¿Todo entendido?

—Sí. señor Clayton. Y créame que se lo agradezco. Casi preferiría que el negro no ganase. Son muchos los deseos que tenemos los Trimball y yo de demostrarle a ese individuo que con nosotros no se juega.

Theodor Clayton, en el coche, sonreía complacidísimo. La compañía de Rita Hayward se le antojaba augurio de futuras venturas y muy cercano estaba el momento en que vería caer al insolente y odioso perdonavidas.

El coche atravesó la alameda que conducía, a la espléndida morada de Clayton, y se detuvo en la explanada donde había otros coches.

Mientras ayudaba a descender a Rita Hayward, vió en los abrevaderos a Rock Gambler atando a la barrar su potro negro.

El Capitán Dan Carter avanzó al encuentro del que, tras atar el potro, acariciabase los nudillos.

—Buenas tardes, señor —saludó secamente y con envaramiento el joven Capitán.

Dan Carter, conocedor del secreto de la muerte de Michael Ryan, el auténtico "Halcón", cuya personalidad encarnó Rock Gambler, apreciaba íntimamente como abnegado heroísmo sentimental el anónimo gesto del que era considerado por todos como un rufián carente de escrúpulos.

Pero también sabía que no debía exteriorizar ninguna cordialidad.

— ¡Hola, señor segundo!... Supongo que si aceptó el cargo para el cual le designaron debido a su gran rectitud por encima de toda sospecha, es también porque no le disgustaría verme convertido en una pulpa sanguinolenta.

—Le acompañaré a su vestuario, señor. Sígame.

—Corre el rumor por la ciudad de que el joven Capitán Carter canta baladas románticas bajo la ventana de Rosalie Ryan.

—Debo presenciar su cambio de ropas, señor. Aquél es el vestuario.

—En el Sur hay una gran afición a substituir las gacetas escritas por las verbales. Las noticias corren con la misma velocidad que se propaga un reguero de pólvora. ¿Por qué me defendió cuando canté las verdades a sus impetuosos y juveniles soldados?

Abrió Carter la puerta de un barracón aislado, situado al extremo de un parquecito circundado por setos.

—Era la casa ocupada por unos antiguos esclavos. Encontrará en ella dos tinajas con agua y un armario ropero, hay también carne cruda para las hinchazones de los golpes y material para curar.

Entró Gambler en el caserón, amueblado tan sólo con un banco, una mesa sobre la que había distintos objetos, y un armario al fondo.

Las dos ventanas estaban cerradas. Ardía la llama de un quinqué.

Empezó a desvestirse, quitándose la chaqueta, Dan Carter, adosado contra la puerta, habló a regañadientes:

—Escipión mató a un pugilista blanco que era campeón en el Norte, señor. Considero mi deber advertírselo.

—No soy ningún novato.

—La señora Ryan asiste al combate.

—Yo no la invité.

—Me ha encargado, que le comunique su renovación de la oferta que, al parecer, le hizo esta tarde.

—Le encargo que le comunique que renuevo mi negativa.

—En virtud del derecho que tiene sobre él el señor Clayton, es muy posible que en caso de vencer usted, el pobre negro sea ahorcado, por haberse fugado e incitado a la rebelión a los demás.

—Bárbaras costumbres —replicó lacónicamente Rock Gambler, desprovisto ya de la camisa y sus dos muñequeras.

Su torso era estatuario. Los músculos abultaban tersos y marmóreos. Producía la sensación de un bloque de roca, pero al moverse largas franjas musculares jugaban con soltura bajo la piel.

Quitóse el cinto con la pistolera y el garfio del látigo. Quedó vistiendo

tan sólo el ceñido pantalón de montar y las altas botas de charol reluciente.

Abrió el armario y extrajo una larga capa, compuesta por esponjoso tejido, que se echó encima de los hombros.

—Todo previsto. Preparado. Cuando quiera iremos al campo de batalla, Capitán.

—Si por un instante dejará de burlarse de todo, le rogaría que me prestara atención.

—Soy todo orejas.

—Usted dijo que se iba a ir de Beaufort tan pronto terminase este combate. Conoce las condiciones. Terminará combate cuando uno de los contrincantes permanezca más de dos minutos en el suelo. Usted mismo no se recata para decir que le encanta hacer trampas.

—Me encanta ver cómo el pez, se traga el anzuelo, el bramante y hasta la misma caña.

—Pero en esta ocasión, si el pez es Escipión, puede tragarse hasta al mismo pescador. No le comprendo, señor. Usted afirma que sólo hay una meta en su camino. Afirma que tanto le da vender armas a los yanquis como a nosotros. Afirma que jugar al *poker* escondiendo ases es su principal diversión.

—Nunca afirmé esto. Lo hago, pero lo mantengo secreto.

—En Savannah nadie quiere jugar al naípe con usted. Si sólo piensa en el dinero, ¿por qué no acepta la oferta de la señora Ryan? Ganando al negro únicamente percibirá veinte mil dolares. Perdiendo, ganaría cincuenta mil que le ofrece la señora Ryan.

—Hay mi honrilla, Capitán Carter. En Inglaterra, ningún púgil logró vencerme. ¿Voy a consentir que un negrazo tonto me triture?

—Se juega la vida de un hombre.

—No es culpa mía, yo no dicté esas leyes que permiten disponer caprichosamente de una piel negra. Bien, ya hemos hablado bastante. ¿Vamos?

—Con los pies desnudos lucharía mejor. Es también mi deber advertírselo.

—Yo lucho con el cerebro, no con los pies.

Dan Carter salió del caserón, atravesando el pequeño parque. A su lado, Rock Gambler aspiraba ampliamente.

—Reserva de oxígeno. Aprenda esos detalles. Después, hay qué apretar los dientes para pegar mejor. Enseñanzas que puede inculcar a sus juveniles guerreros.

Habían ya salido del parque, cuando de detrás del seto aparecieron Jim Cordy y sus dos ayudantes, los camorristas gemelos Trimball.

Entraron en el barracón sin cerrar la puerta. Tras el madero abierto colocóse Jim Cordy, y en los dos rincones opuestos de la pared de entrada los hermanos Trimball.

Uno de ellos señaló el cinto colocado encima de la mesa. Jim Cordy

avanzó y, cogiendo el cinto, fué a colgarlo en el armario, junto a la chaqueta y el sombrero.

Regresó a su lugar emboscado, sosteniendo por el cañón la pesada pistola "Colt" que extrajo de su cinto.

—Nunca vi a un tipo con menos probabilidades. Apuesto diez contra uno a que se acabó aquí la carrera de Rock Gambler.

Los dos hermanos Trimball limitáronse a encogerse de hombros. Uno de ellos encendió un cigarrillo, cubriendo la luz humeante con la cuenca de su mano.

En el centro del amplio césped rodeado de floridos parterres había cuatro estacas enclavadas, y entre ellas varias cuerdas formaban un cuadrilátero.

Todo alrededor del espacio marcado por las cuatro estacas había bancos y sillones. Rita Hayward, presentada por Clayton a Helen Ryan, conversaba con ésta...

Eran las dos únicas mujeres. La propia hija de Clayton habíase negado a presenciar el brutal espectáculo.

Cuantos por la mañana en el hotel de Rigaud habían oído al forastero expresarse despectivamente, estaban allí presentes.

Examinaban con aprobación la mole voluminosa de negra piel reluciente que, vestido tan sólo con un largo pantalón blanco y desnudos los pies, asentía, sumisamente a las palabras de Theodor Clayton.

Escipión rodeaba con sus dos manos el extremo de una estaca, apoyando la cintura contra las cuerdas. Ingenuamente, al disponerse a marchar Clayton, repitió, a guisa de despedida:

—Seguro, mi amo, seguro que, sin querer, mataré al blanco forastero.

Theodor Clayton avanzó al encuentro de Gambler, que, pasando bajo las cuerdas, taconeó sobre el alisado césped, encima del cual habían echado arena.

Se asió también a una estaca, opuesta a la sostenida por Escipión.

—Buena caída tiene este suelo. En Inglaterra no colocan arena. Son menos amables.

—Le deseo suerte —dijo Clayton—. La señal de empezar será una palmada, que dará el Capitán Carter.

—La señal de empezar para mí es saber si tiene ya usted las monedas —Rock Gambler miró a Dan Carter.

—El señor Clayton me entregó ya los veinte mil dolares de la apuesta. Con los suyos diez mil, queda en regla todo.

Despojóse Gambler de su capa de baño, y Dan Carter, pasando bajo las cuerdas, colocóse en el centro del ancho cuadrilátero. Alzó los dos brazos.

Los cuchicheos de los espectadores cesaron como por ensalmo.

—Señoras y caballeros: como segundo y árbitro único designado por el

señor Clayton y el señor Gambler, expongo para que sean oídas por todos las condiciones reglamentarias en que debe desarrollarse la lucha. Podrán ambos adversarios hacer uso de sus puños desnudos, colocándolos únicamente de cintura para arriba. Perderá la apuesta el contrincante que golpee por debajo del cinto del pantalón. No se permite el uso de los dedos en golpe abierto a los ojos. El adversario que, de resultas de un golpe, o por acumulación de golpes, quede en el suelo más de dos minutos sin incorporarse, será declarado vencido.

Extendió Carter los dos brazos, señalando con cada uno de ellos a los dos hombres que de espaldas ocupaban un extremo del cuadrilátero.

Avanzó Escipión al ser llamado. Llevaba la cabeza gacha y evitaba mirar al que separado por Carter le ojeaba críticamente.

—Escucha Escipión —dijo Carter, perentorio—. Ya sabes cuáles son las reglas de combatir limpiamente. No puedes morder, ni coger de los cabellos, ni pegar puntapiés. Repito lo mismo para usted, señor —indicó, mirando a Gambler—. Colóquense en guardia y aguarden a la palmada.

Abandonó Carter el cuadrilátero... Rock Gambler adoptó la guardia inglesa, colocando sus dos puños a la altura del pecho, echado hacia atrás el busto.

Escipión, separado dos pasos, abrió bien las piernas, alargando los brazos, y muy alta la cabeza.

Dos colosos erguidos en posición rígida, tal como ordenaba el reglamento. Sonó una palmada seca.

Podían ya empezar a combatir. Escisión no se movió. Sus dos puños cerrados tenían una voluminosa apariencia, y, los gruesos brazos inmóviles aguardaban entrar, en acción, según le había sido enseñado.

Rock Gambler, cuyo amplio pecho de acentuados relieves se levantaba y descendía con el ritmo de una respiración regular, sonreía burlón.

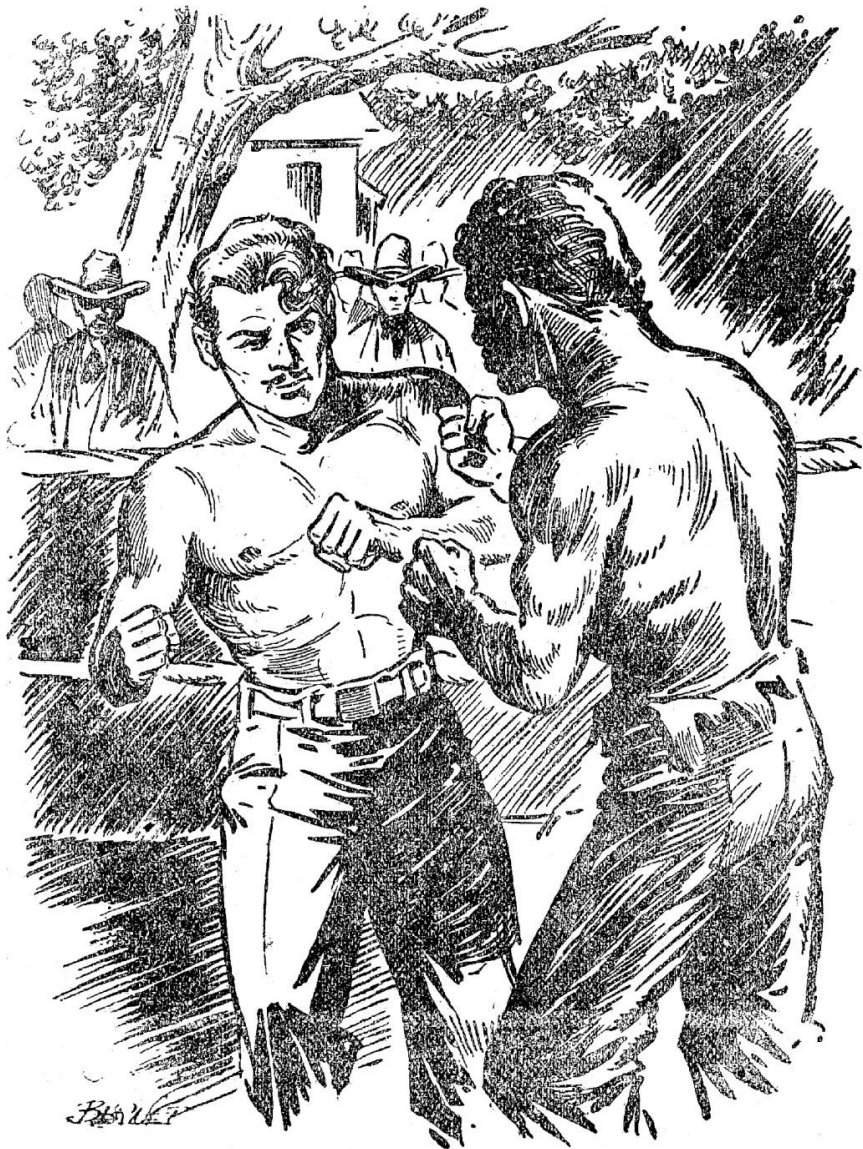
—Anda, "chocolate". Pega primero.

Sencillo y bonachón de costumbre, Escipión era ahora un combatiente de faz inhumana.

Veía Gambler ante él a un hombre de su misma estatura, tan ancho de espaldas como él, pero más grueso, con una máscara de gorila bajo un cráneo en cúpula, dé salvaje.

Sentíase observado por miradas hostiles. Aislado, sin amistades... Tan sólo había luz de preocupación en los grises ojos de Dan Carter.

Seguía estudiando la expresión agresiva y a la vez confiada del negro. Todos los hombres con los cuales había luchado hasta entonces entre cuatro cuerdas, tenían la misma expresión de hostilidad.



—*Anda, "chocolate". Pega primero.*

Únicamente un poco más tarde, cuando el instinto les había avisado que tenían ante ellos un mecanismo de combate más temible que el suyo propio, y un temperamento más feroz aun, perdían confianza...

Se había habituado a perseguir a sus adversarios alrededor del *ring* con un deleite salvaje, comprobando que era más fuerte y más duro que ellos, mejor armado para el combate por su dominio de todos los recursos pugilísticos.

Pero aquel adversario que tenía enfrente era distinto. No sólo, estaba más próximo a la Naturaleza y a sus antepasados de las cavernas, sino que iba a

luchar por su propia vida y la de su hijo.

Veía claramente que aquel negro con el que tenía que habérselas era primitivo y bárbaro. Un ser que descendía más directamente del hombre de las cavernas.

Y con el gran peligro de que cualquier golpe que se escapara, chocando contra la negra cabeza, supondría quebrarse los nudillos.

Distendióse de pronto Gambler y proyectó rápidamente sus dos puños hacia las costillas de obscura piel.

Escipión en lugar, de esquivar con un salto brusco, como habían hecho hasta entonces todos sus adversarios, se afianzó en sus anchos pies llanos balanceó los dos brazos en recios mazazos.

Fué Gambler quien tuvo que ladear el torso a un lado y otro. Los dos puños negros pasaron rozándole la sien y el mentón.

Enarcó los brazos, ofreciendo los codos, como defensa contra otros nuevos puñetazos cada uno de los cuales suponía un chasquido extraño. El aire desplazado susurraba a los oídos de Gambler.

Adivinó entonces Gambler que la propia inmovilidad de su adversario era precisamente un obstáculo. Con otros pretendiendo ganarle en agilidad, podía colocar más fácilmente sus científicos y escasos golpes bien calibrados. La medición de la exacta distancia a la cual podía lanzarse un puñetazo era todo el secreto de vencer.

Pero ante la muralla ciclópea de los dos brazos alargados, tenía que arriesgarse a recibir un doble golpe en catapulta, si quería colocar sus puños en el sitio que adivinaba la clave del éxito: el prominente estómago.

Retrocedió, y, andando de lado, dió media vuelta alrededor del inmóvil negro. Escipión limitóse a retroceder uno de sus pies, siempre dando frente al que representaba la horca o la vida.

Bajo su hueso frontal saliente, sus ojillos llamearon. Su boca, de gruesos labios, se cerró con una mueca salvaje cuando vió la ocasión.

En el absoluto silencio de todos los espectadores resonaron aumentados los cuatro chasquidos casi simultáneos, como si cuatro martillos empuñados por manos de gigantes intentaran derribar un muro.

Los puños de Escipión habían chocado contra el pecho y el cuello de Gambler, quien amortiguó los golpes impulsando hacia atrás el torso, y a la vez... sus golpes perdieron potencia al restallar contra el estómago y el flanco de su contrincante.

Y entonces, repentinamente, pareció convertirse en un torbellino el cuerpo blanco. Bailando de un lado a otro, empleó la táctica de fintar golpes que amagaba sin colocarlos.

Sorprendido, Escipión giraba lentamente sobre sus pies, presentando siempre la barrera de sus largos brazos hacia delante, subiéndolos y bajándolos al mismo compás de los saltos de su adversario.

Intentaba Gambler buscar espacio de entrada hacia el estómago. Recurrió a su treta favorita. Lanzando un rugido de fingida cólera, pareció perder el

control de su serenidad, y martilleó sañudamente los flancos del negro, quien encontróse con los brazos inútilmente alargados por detrás de las amplias espaldas.

No conocía aquella táctica, y retrocedió de un salto, pegando a la vez. El golpe era recio, pero aunque lo encajo Gambler, pasó a efectuar la segunda parte de su ardid.

Como si el golpe le hubiera aturdido, se arrodilló, sacudiendo la cabeza, y permaneció así unos segundos.

Se levantó titubeando algunos segundos más a lo largo de las cuerdas, simulando el vértigo.

Confiadamente, Escipión avanzó alzados los puños para rematar la labor. Cerró Gambler las mandíbulas, agachada siempre la cabeza, y cuando el cuerpo negro estuvo a su alcance golpeó el estómago con todas sus fuerzas.

Escipión, sorprendido, emitió un mugido doblándose por la cintura.

Rock Gambler, poniendo todo el balance de su cuerpo y el impulso de sus hombros en el doble golpe siguiente, gritó un "¡ah!" de leñador que se ayuda en el trabajo, y los dos puñetazos llegaron con precisión matemática a ambos lados del mentón de su contrario.

La cabeza de Escipión giró a derecha e izquierda. Sus brazos quedaron colgantes e inertes.

Rock Gambler dio un empujón a su adversario con el puño cerrado, sin golpear, y cuando las negras espaldas quedaron detenidas por las cuerdas, acumuló todas sus energías en el golpe postrero.

Su puño zurdo levantó la cabeza caída, mientras el diestro parecía horadar el estómago descubierto.

Escipión lanzó un ahogado quejido, y sangrante la boca, cayó de frente, como un árbol derribado. Quedó tendido boca abajo...

Dan Carter, desde el exterior de las cuerdas, sacó su reloj de bolsillo mirando fijamente la esfera.

Theodor Clayton, de pie tras Helen Ryan y Rita Hayward, sintióse magnánimo.

—Me parece que ese tonto negro me ha hecho perder veinte mil dolares.

—Todavía no ha perdido —dijo Helen, estremecida de horror, sintiéndose próxima al mareo ante la visión del negro inmóvil y sangrando—. Hago mía la apuesta, Clayton. Yo pago los veinte mil dolares... y usted me cede la propiedad de Escipión y Skippy.

Rita Hayward percibió el tono suplicante de Helen Ryan. Intervino:

—Acceda, señor Clayton. Sería cruel ahorcar a ese esclavo. Tenía que perder ante ese tramposo blanco forastero.

Con gesto elegante, Theodor Clayton cogió la diestra de Rita. Su beso fué algo prolongado.

—Concedido. No puedo resistirme a tu súplica, Rita. Trato hecho, Helen. Escipión y el niño raquíutico pasan a su propiedad.

—Gracias, Rita... —dijo, agradecida Helen Ryan. Y sin mirar hacia el

cuadrilátero donde ya Dan Carter, entrando, anunciaba que habían transcurrido los dos minutos, añadió—: Necesito un reconfortante para olvidar este bárbaro espectáculo. Venga conmigo, Rita. Quiero que conozca mi casa.

Los demás espectadores, defraudados, alejábanse ya. Tendido e inmóvil, Escipión continuaba en el *ring*.

Rock Gambler se cubrió con la Capa afelpada. Miraba sonriente las espaldas de todos los que se alejaban a través del jardín.

—Podían haberme felicitado al menos, ¿no le parece, Carter?

—¿Por enviar a un hombre a la horca?

—Supongo que el valiente "Halcón" impedirá que ahorquen a esa piltrafa. ¿No es el paladín de las causas justas? Tengo, pues, la certeza que si cuelgan a ese gorila, él cortará el cáñamo.

Dan Carter comprendió. Toda la antipatía que se había ganado el vencedor de combate, convirtiéndose en simpatía en el íntimo ser de Dan Carter. Pero exteriormente rezongó:

—Ganó por trampa. Fingió estar "tocado".

—Cerebro, amigo. No iba yo a romperme las manos, ni permitir que este gorila me reventase el corazón.

—¡Ah! Pero ¿tiene usted corazón?

—Se habrá dado cuenta de que soy un ser normalmente constituido. "Escupa" ya los billetes.

Contó Gambler los treinta billetes de mil, que, hundió en el bolsillo de su pantalón.

Theodor Clayton se acercó.

—Le felicito, Gambler. Debí advertir al negro que desconfiara de usted. Pero también yo creí que usted estaba ya en el limbo. ¿No le remuerde la conciencia pensar que ha enviado usted a un hombre a la horca?

—Lo envía usted, Clayton. Usted es el que dispone de la vida del saco de carbón. ¿No oyó decir que "El Halcón" ronda los alrededores? Sabrá lo que ha impulsado a Escipión a desear matarme. Yo no daría un dolar por su pellejo. Clayton, si piensa llevar a cabo su amenaza.

—No tengo el menor temor de "El Halcón" porque me he lavado las manos en este asunto. He vendido a Escipión y su hijo a Helen Ryan. Me ha pagado ella veinte mil dolares. Tiene tantos millones, que puede permitirse la prodigalidad de pagar una cantidad diez veces superior al precio esos dos esclavos.

—No es por millones, Clayton —dijo secamente Carter—. Es por...

—Por lo que Clayton y yo nunca perderemos en los negocios. Por sensibilidad. Voy a bañarme. Y si algún día, me pierdo, no me busquen nunca por Beaufort. Hay demasiados caballeros y damas sensibles. No es preciso que me acompañe, Carter. Conozco el camino y no necesito a nadie para enjabonarme la espalda. Me la alcanzo solo.

Al alejarse Gambler, comentó Clayton, brillantes los ojos:

—Un tipo profundamente detestable y antipático, ¿no?

—Un magnífico luchador. Envíeme a su capataz para que me ayude a trasladar a Escipión a casa de los Ryan.

—Yo mismo le ayudaré —dijo amablemente Clayton—. En estos instantes, Jim Cordy y los hermanos Trimball están ocupados en una faena muy importante.

Rock Gambler entró con rapidez en el barracón, dirigiéndose hacia las tinajas llenas de agua. Quitóse el albornoz, y al dar media vuelta, con la tela afelpada entre la manos, rigidizó los músculos.

Jim Cordy, cerrando la puerta con las espaldas, le encañonaba con una pistola. En cada una de las dos esquinas cercanas al capataz, uno de los hermanos Trimball, brazos cruzados, miraba con fijeza de cruel indiferencia al que lentamente alzó los brazos...

CAPÍTULO V

UN CUADRO Y DOS COMBATES MÁS

Rita Hayward sentía acumularse en su alma un creciente rencor contra la que estaba colmándola de amabilidades mientras recorrían los vastos aposentos de la magnífica mansión.

Helen Ryan era todo lo que ella hubiera podido ser, de no haberse cruzado en su camino el apuesto Renato de Chambrun.

Respiraba el mismo ambiente señorial que había vivido en su adolescencia. Cuanto veía, la solidez de los muebles, la distinción de los aposentos, la servidumbre..., todo, era lo que había perdido al abandonar su ciudad natal, para convertirse en una espía yanqui.

Cruzaban un corredor, cuando Rita Hayward sintió que toda la sangre se paralizaba en sus venas. Habitualmente, y aun en los trances más difíciles, era dueña de sí misma.

Pero ahora la impresión recibida era tan fuerte, que tardó unos instantes en poder respirar normalmente y hablar en tono natural:

—Este cuadro es una verdadera obra de arte, señora Ryan.

Helen Ryan opinaba lo mismo, no sólo porque el pintor había conseguido plasmar fielmente los rasgos faciales y la arrogante expresión de Michael Ryan, sino porque cada vez que veía aquel cuadro sus ojos de madre se empañaban de melancólico orgullo.

—De todo cuanto hay en la casa, este cuadro es lo único que para mí cuenta.

—Realmente es valioso. Un pintor de fama, seguramente.

—Oh, no es por el pincel.

—¿Acaso es el retrato de algún familiar?

—Es verdad que usted no conoce a Michael... —dijo Helen, como excusándose.

—¿Su difunto marido?

—Mi hijo.

—No le vi en el jardín del señor Clayton.

—Está ausente. Viaja mucho. Se instruye. ¿Verdad que es un muchacho guapo y tengo excusas de peso para afirmar que no hay en el mundo otro varón tan encantador? Y esto que no lo ha oído usted hablar. Es un talento. Lee mucho, lo cual no le ha impedido ser tan buen jinete y tirador como cualquier otro caballero del Sur.

El pensamiento de Rita Hayward, si bien atento a lo que oía, vagaba a la vez lejos de ahí. Veíase en la "Casa Maligna" de Savannah. Entraba inesperadamente el enmascarado...

"El Halcón" se arrodillaba ante ella besando sus manos, antes de besar sus labios. Desprendida la máscara, colgante del pecho, el rostro de "El Halcón" era inconfundible.

Era el rostro viril y sonriente del cuadro.

Rubio, de intensos ojos azules, energética mandíbula, recta nariz. Ella nunca había podido averiguar cuál era la verdadera personalidad del enmascarado.

Conocía su rostro, el menor de sus ademanes... Y ahora acababa de entrar en posesión de un valioso secreto. Michael Ryan era "El Halcón".

Poco después, mientras tomaba el té, su mente iba trabajando activamente. Acababa también de ver su liberación económica. Podría dejar de ser, una aventurera.

Podría volver a Nueva Orleans, compraría de nuevo su casa y viviría como una dama. No le faltaría nunca dinero...

Alzados los brazos, Rock Gambler mantenía en su mano derecha la colgante tela afelpada esponjosa.

La indolente postura de los hermanos Trimball denotaba una gran confianza en el triunfo, sensación que compartía Jim Cordy. Eran tres hombres armados contra un indefenso y semidesnudo prisionero...

—Vuélvete de espaldas —dijo Cordy, incisivamente.

Inició obediente el gesto solicitado. Y de pronto, su movimiento convirtiéndose en un girar de peonza.

La tela esponjosa rodeó el rostro de Cordy, azotándolo. Un rodillazo alcanzó el estómago del capataz, que se dobló hacia delante. Otro rodillazo le levantó la mandíbula... De su mano cayó la pistola...

Los dos gemelos engarfiaban sus diestras a altura de sus pistoleras, cuando por segunda vez, desde la llegada de aquel forastero a Beaufort, se quedaron rígidos, inmóviles.

El hombre desarmado, después de su rápida agresión contra Jim Cordy, se había inclinado, y de sus dos botas extrajo dos pistolas alargadas, planas, cuyo cañón erecto señalaba a cada esquina del barracón.

Arrodillado en el suelo, Jim Cordy, semiinconsciente, tanteó en busca de

su pistola.

Sin mirarle, Rock Gambler proyectó uno de sus pies. Oyóse claramente el crujido de un hueso.

Jim Cordy aplastóse contra el suelo, rota, la quijada, desmadejado y fuera de combate.

Los ojos de los gemelos Trimball eran dos estrechas rendijas vigilantes, acechando el menor descuido del que con celeridad inesperada había, extraído dos también inesperadas pistolas de sus botas.

—Trampas, ¿eh?... —murmuró Gambler sordamente—. Me repugna que la gente no juegue limpio. Levantad poco a poco las manos, pareja. Eso es... hay cuatro balas en cada pistola. Sobrarían seis. Vuestros entrecejos me tientan. Tenéis expresión de asesinos desilusionados. Andad lentamente de lado. No quiero volverme bizco. Cuando vuestros hombros se toquen, dad media vuelta lenta... Todo calmosamente, pareja. Los buenos modales son mi especialidad. Cuando estéis de escaldas, tenderéis los brazos hacia atrás para que pueda atarlos. Con vosotros no va nada. Sois meros instrumentos...

A medida que iba hablando, los dos gemelos iban realizando lo que se les indicaba. Estrechaban aún más los parpados. La última orden de Rock Gambler era una imprudencia.

Tender hacia atrás los brazos suponía rozar con las manos las pistolas. Ambos habíanse visto en casos parecidos, y los testigos afirmaban que nadie ganaba a los Trimball en el arte de tirarse al suelo vueltos de espaldas y disparar bajo sus sobacos...

Uno de los gemelos giró lentamente. El otro se dispuso a hacer lo mismo, y estaba ladeado cuando en su sien chocó el puño zurdo de Gambler endurecido por la culata.

El otro no tuvo tiempo de prevenirse contra el simultáneo puñetazo donde la culata martilleó su nuca.

—¿Un nuevo truco? —rezongó Gambler, mientras, enfundando de nuevo las dos pistolas en la doble piel interna de sus botas. reunía con sólidos nudos de una correa las cuatro muñecas de los dos hermanos—. Supongo que de mi visita a Beaufort conservaréis La convicción de que el único tramposo soy yo.

Arrastró por un pie a Jim Cordy, cuyas manos ató junto a las de los dos gemelos.

Estaba ya vestido y sentado en el borde de la mesa, hacía saltar en su diestra un dolar de oro, en lento movimiento, empleando el pulgar como diminuta catapulta y el puño como plataforma, cuando un doble gemido confuso precedió a la vuelta en sí de los dos Trimball.

—Mientras termináis de despejaros, os daré una enseñanza gratuita, ya que nunca pienso regresar a este villorrio. Quien tiende trampas, debe estar siempre alerta, porque la pieza que se piensa cazar, puede resultar tramposa. Si os pude derribar a los tres, fue porque estabais convencidísimos de que no llevaba armas. Vosotros dos, pareja, obedecisteis fielmente mi imprudente aviso de que os dierais vuelta tendiendo hacia atrás los brazos. Suponáis que

yo obedecería también al código viril que ordena no golpear a un hombre vuelto de espaldas. También suponéis que no golpearé a hombres atados. Será otra ilusión que se va a desvanecer. Me duelen aún los nudillos de mi reciente combate con el negro. Pero me los despellejaré muy satisfecho contra vuestros sucios rostros si no cantáis de plano, para que yo sepa por qué entre los tres os disponíais a matarme. No lo neguéis, porque he leído en muchos ojos la expresión que tenían los vuestros.

Jim Cordy. cabeceó. Su rota quijada le impedía abrir la boca aspirado aire. Lanzó una mirada de odio hacia el que hablaba.

Siempre con la moneda saltando en su diestra, Rock Gambler abandonó su postura y, separándose de la mesa, alzó el pie mostrando su bota derecha ante el rostro de Tom Trimball.

—Tú, el primero: si Cordy te da envidia, puedo, complacerte rápidamente y arreglar esto. ¿Quién os mandó venir a tenderme esta emboscada?

—Clayton.

—¿Procedimiento?

Tom Trimball estrechó los labios, hasta convertirlos en el filo de una navaja.

Rock Gambler echó hacia atrás el pie...

Tom Trimball ladeó la cabeza. Habló velozmente:

—A culatazos. Magullando dos sitios. Corazón y sien. Como si fueran puñetazos.

El pie de Gambler chocó contra la mandíbula del que acababa de hablar, y la cabeza de Tom Trimball pendió hacia atrás, inerte.

—Otro que cada vez que se palpe la barbilla se acordará de mí. Tu, Cordy, ya vas servido. Quedas tú, segundo Trimball. No vuelvas la cabeza. Un puntapié en la mandíbula no mata. En la sien, sí. Mírame de frente. Por esta vez sólo me limito a dejáros un recuerdo mío. Si de nuevo tropezáis conmigo, procurad acertar al primer disparo. De lo contrario, considerando pendiente nuestra deuda, os mataré.

El recio puntapié asestado en la mandíbula del segundo Trimball hizo que Jim Cordy gimiera en aullido lastimero.

Era la tierra de la fuerza bruta y de los hombres agresivos, donde sólo sobrevivían los buenos tiradores y los que sabían pegar sin remilgos.

Pero le imponía pavor la fría crueldad con que Rock Gambler, sonriente demoníacamente, se acercaba a él...

—Tú ya vas servido, Cordy. No lloriquees...

Gambler calló, acercándose ahora a la puerta. En el umbral, pistola en mano, enmarcóse la corpulenta silueta de Theodor Clayton.

Una mano aferró el antebrazo del hacendado. A la vez que su muñeca era brutalmente retorcida, sintióse elevado por el aire.

Empujando con el hombro bajo el sobaco, Rock Gambler, pasando delante del sorprendido Clayton, le hacía bascular por encima de él.

Theodor Clayton cayó de espaldas, en recio choque contra el suelo. De su diestra había escapado la pistola.

Cegado por la ira, al encontrarse, en pie y viendo al hombre que suponía el autor del gemido lastimero, cargo con todas sus fuerzas, en alto los dos puños, después de revolverse en el suelo hurtándose al puntapié de su adversario.

Pero sus puños eran arma, de fingido ataque. Proyectó su pie derecho contra el bajo vientre de Gambler, quien asió con dos manos la bota, y con una torsión hizo caer de nuevo hacia atrás al hacendado.

Siguió manteniendo la bota, y colocó la suela de la suya, contra el rostro congestionado de Theodor Clayton, presionándole el semblante en estrujamiento.

—Hace falta un magullado, Clayton. Levántate.

Soltó la presa, y, con un bufido de furor, reincorporóse Clayton. Tenía deseos de matar...

Pero avanzó cauteloso, simulando atacar de flanco. Se agachó repentinamente y su diestra tocaba ya la calata de la pistola abandonada por Jim Cordy, cuando salió disparado hacia atrás.

El segundo puntapié le alcanzó en el estómago. Cayó sentado como un fardo, llevándose las dos manos a la mandíbula, doblado hacia delante. Jim Cordy volvió a gemir. Previendo que iba a ser el siguiente, experimentaba verdadero dolor físico al ver la brutal paliza que Rock Gambler propinaba al hacendado.

Cada vez que Theodor Clayton, inconsciente, caía al suelo, Rock Gambler lo levantaba con una mano, y otra asestaba un escalofriante puñetazo. El rostro de Theodor Clayton, era una pulpa sanguinolenta, cuando dejó Gambler de pegar.

Lamiéndose los nudillos, miró a Jim Cordy.

—He hecho ya bastante ejercicio por hoy. Dile a tu patrón que si algún día manda asesinos en mi busca, que busque él un hoyo donde esconderse, porque vendré a rematar la faena. Que piense en ello en la cama.

Jim Cordy gritó en petición de socorro, cuando ya por la puerta entreabierta se divisaba a lo lejos la figura de Rock Gambler, a lomos del potro negro, y galopando por la carretera camino de Savannah.

CAPÍTULO VI EN SAVANNAH

La ancha puerta del "Drinkers House" abríase sobre un gran salón cubierto de espejos y dorados. En el extremo más lejano veíase un mostrador tras el cual los espejos reflejaban cientos y cientos de botellas de todas formas y colores.

Botellas que brillaban como joyas. La menta, de esmeralda; el *chartreuse*, de topacio; la ginebra, como un claro diamante.

Alrededor del salón veíanse mesas doradas y sillas donde se sentaba una heterogénea y extraña colección de hombres y mujeres.

Algunos llevaban el uniforme gris. Otros, atuendo de marino. Los más, ropas ostentosas de hacendados.

Eran ya las cuatro de la madrugada. Habíanse despojado algunos de sus chaquetas y permanecían en mangas de camisa, sentados frente a mujeres con vestido de baile, que disimuladamente reprimían bostezos.

Varios hombres, más borrachos que los demás, entonaban discordantes coplas guerreras. Un guerrero fornido, sacaba a rastras a un vacilante beodo.

La orquesta de negros descansaba, aguardando la señal de la batuta. El barullo de los noctámbulos, excitados por el alcohol, tenía, el agudo diapasón de las postreras energías.

Rock Gambler apareció en el umbral, y se detuvo contemplando el salón. Tenía memoria fisonomista, y buscaba el rostro de alguno de los hombres de Dave Taft, el dueño de los astilleros.²

Tras el mostrador, sentada en su elevado sillón de molduras de oro, que le permitía observar cuanto ocurría Norah Blondel, la propietaria, parecía reinar en el salón.

Muy rubia, de piel blanquísima, vestida elegantemente de negro terciopelo. Norah Blondel, más conocida por "Sally", sonrió al divisar al recién llegado.

Pero cubrió su sonrisa con el abanico. Estaba enamorada del que tildaba de fatuo, malcriado y dotado de la cualidad de irritar hasta la exasperación a cuantos le trataban.

Pretendía hallar excusas a su enamoramiento. El hombre que todos en Savannah calificaban de bárbaro insensible, sabía hallar para ella palabras inesperadamente dulces entre frases ofensivas.

Simuló mirar hacia otro lado cuando ante ella en el mostrador apoyóse de lado Rock Gambler, eligiendo una posición que por los espejos le permitía observar la puerta de entrada reflejada en ellos.

—Dad de beber al sediento, dice la Biblia. La samaritana...

—No cites ese libro aquí, Rock.

—Hola, Blondie. Creí que no me habías visto.

—Bien sabes que sólo tenía ojos para ti. No lo puedo remediar, Rock.

—También yo lamento el quererte, Blondie. Ambos elegimos mal.

En su trono, la dueña del "Drinkers House" se irguió.

—Muchas dicen que si me elegiste por novia fué porque soy la mujer más guapa de Savannah y tengo mucho dinero. ¿Qué tienes tú?

—Soy el macho fuerte e intrépido, próximo a la Naturaleza, ante el cual las mujeres se emocionan y se estremecen.

—Eres un *tahur* fuerte en trampas, temerario porque llevas sangre de salvaje, y nada tienes de natural. Eres un vanidoso egoísta, y doce horas al día me recrimino por ser tan tonta que deseo oírle decir que me quieres.

—El día tiene veinticuatro horas, Blondie. Abandona tu estrado, y

desciende a mi nivel. Deseo recibir el beso de bienvenida, que simbolice la cordial acogida del pueblo de Savannah.

—Los hombres de Dave Taft vienen de vez en cuando a averiguar si has llegado. También ha venido el jefe rural. ¿Cómo te atreves a entrar aquí después de haber dejado en tu habitación a dos rurales atados?

—Yo no los até. Fué el propio Jeremy Dupont Bloke. Traigo una carta para él. Tómalala. Si aparece por aquí, que se la entreguen. Me dejará en paz una vez la haya leído.

—Hablando de cartas: esta tarde llegó una para ti. No está a tu nombre, pero como me dijiste que la correspondencia que a esta dirección viniese a nombre de un tal Michael Ryan te la entregase...

Descendió del estrado Norah Blondel tendiendo a Gambler una carta que extrajo de su escoté. Besó Gambler el antebrazo femenino, mientras sus ágiles dedos hacían desaparecer la carta, que introdujo en el bolsillo de su chaqueta.

—Eres hermosa, Blondie. Y no presumes de señora.

—Puedo serlo cuando quiero.

—No lo intentes. Sería falsear tu naturaleza.

—Dónde estuviste?

—Si te lo preguntasen, contesta sinceramente. Di que lo ignoras.

—Supuse que esta breve ausencia te habría vuelto más amable.

—Ante ti soy un merengue.

—Venenoso.

—La gota de acíbar en el vaso de crema, le da mejor sabor. Estás harta de galanes melifluos, Blondie. Te agrada mi galante cortesía porque está ausente.

—Sollozaré de alegría el día en quo te tenga arrodillado ante mí, y pueda burlarme de ti. Torres más altas que tú cayeron.

—Tenían los cimientos débiles. Yo tengo tanto amor propio en amoríos, que aunque se me rompa el corazón nunca me he arrodillado ante ése delicioso conglomerado de estupideces y maldades que es la mujer.

—Por cada una que sea estúpida y mala, hay diez hombres como tú, engreídos y bestialmente resentidos.

—Cierto que estoy resentido, porque aunque busqué en ellas ternura amistosa, sólo hallé muñecas incapaces de naturalidad, que siempre me consideraron un enemigo.

—Si las hubieses tratado con ternura y amistad...

—Calla, boquilinda. Ahí se Acerca un amigo tuyo.

Avanzaba un individuo rechoncho y canoso de rostro redondo y moreno. Tras él, dos individuos más, altos y cenceños, ostentaban también un botón dorado en la solapa de la chaqueta y en la cinta del sombrero ancho.

Jeremy Dupont Bloke, el jefe de los rurales de Savannah. poseía unos modales distinguidísimos, que rezumaban suavidad. Criollo de padre francés y mulata de Savannah, era temido por sus métodos refinadamente crueles.

—Buenas noches, *monsieur* —saludó sonriente y mostrando los

blanquísimos dientes en el atezado rostro.

Los otros dos rurales se inmovilizaron, abiertas las largas chaquetas y apoyadas ambas manos en las fundas pistoleras.

—¿Me permite invitarle, *monsieur*? Una botella de champán a mi cuenta, señora Sally.

Rock Gambler se ladeó y quedó acodado al mostrador, vuelto de espaldas a los espejos.

—¿Cuál fué nuestro trato al despedirnos, Dupont?

—Brindemos primero para que siempre exista una buena inteligencia entre nosotros, *monsieur*. Los amigos de la señora Sally serán siempre mis amigos, mientras no me pongan en la desagradable tesitura de tenerlos que encerrar en la cárcel.

Alzó la copa el francés. Gambler no cogió la que le tendía por encima el hombro Norah Blondel.

—Yo no bebo con usted ni con nadie, Dupont. Abreviemos.

El francés terminó de beber y exhalando un suspiro depositó su copa encima del mostrador.

—*Monsieur* Gambler siempre tan huraño —comentó, sonriendo a Norah Blondel.

—Para contrarrestar el exceso de confitura que usted derrocha. Trae la carta, Sally. La carta que te di para que la entregases a cualquiera de los sabuesos de Dupont.

La inteligencia de Jeremy Dupont Bloke actuaba siempre de amortiguador sobre sus impulsos. Recordaba el aviso de Gambler. Y si interiormente maldecía del que poseía un arma contra él, que revelada le haría ser destituido y acosado a tiros por cualquier sudista, exteriormente presentaba un sonriente, aspecto mientras cogía el sobre cerrado, donde aparecía su nombre escrito por la letra de Rita Hayward.

—Con permiso —dijo galantemente, dedicando a Norah Blondel un saludo.



Recordaba el aviso de Gambler.

Rompió el sobre y leyó una documentada acusación contra Frank Lloyd como autor de la muerte del criado Abijam. Firmada Rita Hayward.

Dobló el papel, introduciéndolo de nuevo en el sobre y lo entregó a uno de sus dos ayudantes.

—Zanjado el punto de fricción entre nosotros dos, *monsieur* Gambler. Le felicito. No insisto en que brinde conmigo, porque ya una vez le he hecho el honor de ofrecérselo. Buenas noches, *monsieur*. Buenas noches, *madame*.

Hizo ademán de dar media vuelta, cuando, de pronto, agitó una mano en indolente ademán.

—Se me olvidaba, *monsieur*. Usted quebró la mandíbula de Dave Taft de un puntapié.

—Es mi golpe predilecto. Así sólo me ensucio el cuero de la bota.

—En Savannah hay mucha benevolencia para toda pelea que no termine con muerte de un adversario. Y me causaría mucho dolor, muchísimo, el tener que asistir a su entierro, *monsieur*. Como muestra de respeto por su afán temerario de vivir peligrosamente, sería uno de los cuatro que a hombros llevaría su ataúd.

—Procuraré evitarle este peso. Si Dave Taft quiere vengarse, está en su derecho. También es el mío el evitar que sea yo el que vaya dentro del ataúd.

—Quizá, dado su afán viajero, le convendría un cambio de aires, *monsieur*. No puedo estar siempre vigilando a los hombres de Dave Taft, y vigilándole a usted. Lamentaría que la señora Sally se viera privada de

escuchar sus galanterías, que no dudo serán gratas de oír, ya que no prodiga usted su amabilidad. Buenas noches.

Aléjose Jeremy Dupont Bloke, precedido por sus dos hombres.

—No debiste hablarle así, Rock. Es una serpiente peligrosa.

—Tengo antídoto contra su veneno. Brindemos tú y yo, Blond. Resulta delicioso contener la sed ansiosa.

Mientras ella mojaba los labios en una copa, apuró Gambler el resto de la botella. Sonrió viendo a Norah apuntar a nombre de Jeremy Dupont Bloke el precio de una botella de champaña.

—Tengo sed ansiosa de besar tus mejillas, Blondie. Quiero emborracharme oliendo rosas. En el aire susurra la primavera. Y tus labios son promesa de ternura amistosa. Tú eres la mujer que he elegido para que un día u otro sea mi esposa. ¿Recuerdas Blondie, cariño mío? Aquella casita donde las flores trepen por los muros, y tú con un delantal a cuadros, me llevas el desayuno. Te quitarás esos polvos para que luzca al sol la tersura limpia de tu piel. No habrá negrura en tus pestañas, porque estarás sombreadas de la dicha de saberte amada. Un rollizo muñeco llamado Rock se aupará en mis rodillas y le enseñaré a saber leer poesías en los solitarios momentos en que le atosigue la vaciedad de vivir. Le diré que para no ser yunque hay que golpear siempre. Y dejará de ser martillo, cuando halle a una Blondie, que también cansada de decepciones, le dé la seguridad de una ternura amistosa...

—Sigue. Más...

—En nuestros abrazos de pasión habrá hálitos de espiritualidad, porque hemos vivido mucho tiempo duramente, empleando el corazón independientemente del cerebro, y ahíos de soledad, fundiremos en uno solo el deseo de vivir dulcemente.

—¿Cuándo?

—Pronto, Blondie. Déjame calcular.

—Dijiste que me besarías en los labios cuando... me llevases ante el altar. ¿Cuándo, Rock?

—Mañana..., mañana tengo que madrugar, Blondie. Estoy cansado. Voy a acostarme. Me he empalagado de confitura. ¿Qué se creía el criollo ese? ¿Que no sé yo decir lindas estupideces?

Febrilmente, las dos manos de Norah Blondel aferraron las anchas muñecas de Rock Gambler. Su rostro cerca del masculino, murmuró:

—Esas lindas estupideces, maldito imbécil, son las que te convertirían en un hombre normal, bueno y decente. Me llamaste "cariño". Dijiste cosas bonitas, Rock. Pero de nuevo hay en tu rostro esa endemoniada sonrisa, que tanto me complacería borrar aplastando contra ella esta botella.

Soltó ella las muñecas masculinas para asir el vacío frasco de champán.

—Eres vulgarísima, Blondie. Alza la botella, y nadie sabrá distinguir quién es la dueña y cuál es la bailarina. Me gustas, Blondie. Si no te hubieses encolerizado, habrías demostrado ser insensible a mis palabras amorosas. Pero

no abusos de tus privilegios femeninos. Levanta la botella un centímetro más, y la sangre correrá a caudales.

—Ríe, imbécil, ríe —murmuró ella tirando al suelo la botella—. Serías capaz de pegar a una mujer.

—¡Anda! Pues ¿y tú no estabas dispuesta a pegar a un hombre que te declaraba su amor?

—Tu última burla fué cruel. Dijiste "mañana" como respuesta a mi pregunta, y cuando en mi pecho repicaban campanas de felicidad, continuaste diciendo que te ibas a acostar porque mañana debías madrugar.

—Si yo fuera vanidoso, creería que estas impaciente por casarte conmigo. Esperar es una ciencia grata, Blondie. Yo esperaré. Tengo mucho trabajo que realizar antes de abandonarme a contemplar las flores que tapicen día tras día la fachada de nuestro hogar en el campo.

—¿Oíste a Dupont? Te habló de un ataúd...

—Presentía que te hablaba yo de boda. Tres cosas hay siempre blancas, Blondel. Sé lo oí decir a un cínico imbécil. La bandera de rendición, el sudario y el pastel de bodas. Tres entierros. De los tres, elijo el último. La fecha te la señalaré a tiempo. Será el mismo día en que termine esta guerra que ha empezado con el cañoneo del fuerte de Sumter.

—¿Palabra de... palabra de tramposo cumplidor?

—Palabra.

Tendió ella la diestra afectando una varonil entereza. Sus ojos brillaban empañados. Era feliz...

Calculaba que el Sur arrollaría pronto a los del Norte. Estaban en marzo de 1861 y generosamente concedió a los yanquis dos meses de beligerancia.

No podía prever que hasta 1865 la guerra de Secesión no terminaría con la victoria del Norte.

Manteniendo la mano de Gambler entre las suyas, inclinóse de pronto y mordió con ahínco.

Rock Gambler respingó, liberando tardamente su mano. Contempló el cerco de dientes y las diminutas gotas de sanare.

—Besa, Rock Gambler. Besa tu sangre. Maldición sobre ti y todos tus descendientes si te casas con otra mujer que no sea yo.

Aplicóse él la mano contra los labios. Sonreía con burlón afecto.

Mitigada su voz, gruñó:

—¿Matrimonio indisoluble? De acuerdo. Blondie. Siempre deseé tener por esposa una hermosa caníbal.

Seramente, Norah Blondel le contempló unos instantes.

—Eres supersticioso, Rock. Has besado tu sangre. Mira mis labios. Nunca besarán a ningún hombre, porque te pertenecen, y la maldición recaerá sobre mí.

—Buenas noches, Blondie. Ya procuraré que mi hijo crezca libre de las supersticiones, que nos encadenan, a ti por descendiente de criollos, y a mí por incorregible jugador.

—Te dejo que beses mis mejillas, Rock.

—No esta noche, cariño. Mis dientes claman por aplicar la ley del Talión. ¿Por qué brillan tanto tus ojos? ¿Eres feliz? Tu felicidad está en que tendrás la suerte de no casarte conmigo. Me falta mucho camino por andar algún tramposo sabrá ganarme por la mano... Es prodigiosa la facilidad con que tu rostro pasa del resplandor de un sol a la neblina de un melancólico crepúsculo. ¿Tanto te interesa que mis trampas siempre triunfen?

—En ti está mi redención.

—Obscuros son los caminos de la Providencia. No temas, Blondie; mala hierba nunca muere. Larga vida, pues, para los dos.

Y antes de irse, imitó Gambler el indolente ademán de Jeremy Dupont al iniciar su retirada.

—Ah, se me olvidaba, *madame*. También en ti está mi redención, y si eres capaz de guardar un secreto, te confesaré uno que tengo muy oculto. Cuando te veo, Blondie, siento también repicar campanadas de felicidad. Sólo que como hace tiempo que mi corazón está inactivo, no sé exactamente dónde repican las campanas.

Norah Blondel tardó mucho tiempo en apartar la vista de la escalera por la que siguiendo al negro Sar, Rock Gambler se dirigía a sus habitaciones.

Frunció el ceño severamente al contemplar las miradas maliciosas de las mujeres.

—¡Envidiosas! —grito infantilmente.

Un coro de alegres risas le replicó. Risas sin maldad. También ellas hubiesen deseado una redención...

—Cierto que sí —dijo una mulata—. A guapo, nadie en Savannah gana a su novio, Sally. Pero a mejor... muchos.

—¿Qué sabréis vosotras, infelices? El peor de los hombres solteros es muchas veces el mejor de los maridos. ¡Ea! Cada uno a lo suyo.

Y volvió a abismarse en íntimas contemplaciones de una solitaria casita, cuyo mobiliario había ya elegido pieza por pieza.

CAPÍTULO VII

UNA VISITA INESPERADA

En su habitación, tras cerrar la puerta y las ventanas, echando tras ellas las barras de hierro, lanzó Gambler su sombrero hacia la percha.

Quitóse la chaqueta, después de extraer la carta dirigirla a Michael Ryan. Sentóse y extendió encima de mesa la carta.

La luz del quinqué desparramaba su luminoso haz sobre la cabeza del que bisbiseando leía casi en voz alta:

"Mi querido hijo.

"Ayer noche cuando contra los cristales de mi ventana chocó la piedra que envolvía tu carta, supe al instante que eras tú.

Comprendo muy bien que no vinieras a visitarme, ya que tu misión vengadora había decretado la muerte del traidor y falso Coronel Lloyd.

"Eres truculento, Michael, y te adoro. Esta madrugada, cuando al galope se lleve Martín esta carta para dejarla en el "Drinkers House" de Savannah, no te verá porqué se lo he prohibido. Confieso, Michael, que se lo he prohibido por celos. No puede, él, nuestro viejo negro fiel, verte antes que yo...

"Rosalie y Dan van a casarse, Michael. Por fin se decidió este magnífico muchacho a declararse. Como querías, le dije ya que "El Halcón" eras tú. Fué todo un retrato de su carácter, la frase con que acogió mi confidencia. Dijo que sólo un Ryan podía ser "El Halcón".

"Ten cuidado, hijo mío. Me repugna escribir lo que voy a continuación a explicarte. No delataría a nadie, pero ¡delato al que quiere venderte! Hay un aventurero, un cínico insolente, un hombre desprovisto de todo sentimiento bueno, que se jacta de que anda tras de ti, y que un día u otro descubrirá quién eres. Se llama Rock Gambler.

Rock Gambler interrumpió su lectura. Pensó en el hombre asesinado por dos pistoleros, y que él mismo había enterrado a la orilla de un río.³

Sonrió afectuosamente, y sin embargo, ignoraba que su rostro tenía la sempiterna máscara sardónica que había impreso en su faz la tragedia de su pasado,

Siguió leyendo:

"Le conocí ayer tarde. Estuvo cortés. Pero es la cortesía de un malvado inteligente. Es guapo Michael, pero infernalmente guapo. No tiene ningún parecido contigo, espejo de caballeros valientes y leales. No vaciles en retarle a duelo, Michael. Pero ve con cuidado. Él no es de los hombres que pelean lealmente. Es fuerte y tiene fama de tirador de gran puntería. Pero todo Savannah le conoce como pendenciero y *tahur*. No esperes lealtad en hombre como éste...

"Soy pueril, Michael. Tú eres valiente y el más diestro de los caballeros luchadores. Nadie te vencerá. Nos alegró mucho leer tu anterior carta en la que nos decías que habías hallado medio de que nadie pudiera nunca poner en peligro tu vida y tu identidad.

"Casi me avergüenza lo que voy a decirte. A veces he pensado, mientras estaba escribiendo, qué te convendría ser un poco... un poco como Rock Gambler. Tramposo, ¿sabes? Perdóname, olvida esta tontería. Si tú fueras un tramposo, ya no serías el espléndido "Halcón" que temen los malvados y adoran

los buenos.

"Cuando veo los grises uniformes que toda la juventud de Beaufort viste, aun me siento más orgullosa de ti que has preferido ser un héroe anónimo, luchando por la causa justa de defender a los oprimidos.

No escribo más porque quiero dejar espacio para tu hermana. Miles de besos, hijo mío.

Helen"

Ondeó la mano Gambler en un gesto indefinible, y aunque lo acompañó de un guiño no había la menor burla.

"Querido Michael:

"Voy a casarme con Dan. Estuvo delicioso. Sabe decir cosas muy bonitas, aunque al terminar su declaración quedó más exhausto que si hubiera galopado horas enteras con el sable en alto al frente de su escuadrón.

"Veo que mamá te explica la visita de Rock Gambler. Ocurre algo extraño Michael. Mamá dice que siente hacia él una aversión indomitable, yo misma me he dado cuenta de que mira cínicamente y con descaro, como un hombre para quien nada es de respetar. Pero también me he dado cuenta de algo rarísimo. Mamá le invitó a tomar un refresco después de una pelea que tuvo con el capataz Cordy delante de nuestra casa. Tú sabes que nunca ella lee lo que yo escribo y por eso te hablo, de esto. Pues bien, había una extraña expresión mirando a mamá...

"No puedo definirlo. Mamá es linda y... muchos se han enamorado de ella. Pero la mirada de Rock Gambler era de otra clase. Era respetuosa, agradable. Se lo hice notar a Dan, y ahora viene lo curioso. Tú conoces a Dan Carter. Es recto, incapaz de disimulo... Cada vez que le hablo de Rock Gambler está incómodo. Casi lo defiende. No sé explicarme, pero estoy cierta de que si Gambler fuera un granuja tal como su fama pregona, Dan no adoptaría esa actitud ante los comentarios que de él se hacen.

"Tu accidentada vida te habrá permitido conocer a toda clase de individuos. Estudia a Rock Gambler... antes de pelear con él. Yo no sé más que por su forma respetuosa de mirar a mamá, me inspiró cierta simpatía. Si me equivoco, tú sabrás decírmelo.

"No sabes lo acertado que estuviste al decirle a mamá que habías hallado un medio para correr menos riesgo. Desde que leyó esas líneas, vuelve a tener una natural alegría. Canta como un ruiseñor y no toma su medicina para el corazón. Dice que mientras reciba buenas noticias como la última, le sobran los

medicamentos.

"¿Cuál es tu próximo punto de destino, Michael? Haz un esfuerzo. Ven a nuestra boda. Tu presencia me haría la novia más feliz del mundo. Pero si tu labor justiciera te impidiera venir, yo sé que estarás presente con el espíritu. Como Dan está en el secreto, y acaba de llegar llevando un ramo tan grande que casi no se le ve, le diré que te escriba unas líneas. Un abrazo grande como el ramo de Dan, con toda el alma de:

Myosotis"

Rock Gambler recordó los claros ojos azules de Rosalie Ryan. Eran límpidos, cándidos, bondadosos... Eran los más adecuados para dar réplica a los grises de Dan Carter.

—Veamos, "Tomate Dorado" —murmuró pensando en las pecas rubias que resaltaban en el rostro del joven Capitán en sus frecuentes sonrojos.

"Hola, Michael. Vas a ser mi cuñado. Bueno, ya sabes que yo de pluma tiro muy mal. Lo que quiero decirte es que me encuentro en la gloria, porque voy a ser tu cuñado. Rosie me ha dejado echar un vistazo a lo que ella ha escrito. Ese Rock Gambler parece ser una obsesión. Yo de caballos, pistolas y hombres entiendo algo. Tú, mejor que nadie, sabrás adivinar que ese Gambler es un individuo que tiene una sola vergüenza: la vergüenza de que le crean un sentimental. No niego que le atribuyen hechos poco recomendables. Pero estoy cierto de que se jacta sólo de sus malas acciones y se haría cortar en pedacitos antes que confesar alguna buena acción. En fin. Michael, voy a ser tu cuñado. Creo que ya te lo he dicho antes. Buena suerte, "Halcón". Que siga tu estrella brillando con mucha luz. Un apretón de manos.

Dan Carter".

—Vaya. Tres contra uno en la familia Ryan. "Myosotis" y su perrazo, están a favor de ti, Rock —dijo Gambler, levantándose después de esconder la carta en un bolsillo secreto de su chaqueta—. Y sé muy bien. Michael, que desde donde te hallas... ¡también tú estás a mi favor!

Instantes después, acostado, cerró los ojos y tras apagar el quinqué, extendióse por su rostro una apacible expresión.

Hallaba un extraño sosiego en ser él, un hombre considerado despreciable, el autor de la dicha que impedía a Helen Ryan que supiera que su hijo Michael Ryan yacía muerto en el rincón ignorado de un lugar agreste.

Eran como redobles sobre el parche de un tambor. Iban aumentando en intensidad.

Molesto, abrió Gambler primero un ojo, y, cerciorado de que llamaban en su puerta, saltó de la cama.

—Son tan sólo las cuatro de la tarde —protestó mientras se vestía.

Los golpes aumentaron en intensidad. En mangas de camisa, ya calzado, cogió Gambler la larga pistola del cinto colgante.

La colocó bajo su sobaco mientras alzaba la barra de hierro. Abrió encañonando la entrada.

—Vaya, vaya... ¿A qué debo tamaño honor?

En el umbral, Dan Carter, rutilante en su uniforme gris de Capitán caballería sudista, tenía el ceño fruncido.

Saludó secamente llevándose la diestra a la visera de su sombrero de anchas alas.

Cerró Gambler la puerta, y señalando su pistola, alzó los hombros:

—Una mala costumbre, Capitán Carter, hay tanto maleante suelto...

Vuelto de espaldas, colocó de nuevo en el cinto la pistola, y al dar media vuelta encaminándose hacia un sillón, pestañeó asombrado.

En la diestra de Dan Carter un pistolón "Colt" le apuntaba rectamente al estómago.

—He venido a matarle, Rock Gambler.

—¡Cáspita! Buena broma para empezar la tarde. ¿Puedo sentarme?

—Hágalo. Pero no crea que conmigo le van a resultar sus triquiñuelas. Cruce las manos tras su nuca. No roce con ellas el borde de sus botas.

—¿Conoce el truco?

—Jack Trimball, el único que quedó con la mandíbula intacta, explicó cómo pudo ser que usted solo venciera a los tres. Clayton no volverá a ser un hombre normal antes de dos meses.

—Vaya... Y usted, ¿viene en misión de protector de los asesinos de Beaufort?

Rock Gambler, echado hacia atrás confortablemente, en el sillón, mantenía sus dos manos cruzadas tras la nuca.

A tres pasos de él, en pie. Dan Carter, ceñudo y sereno, vigilaba tensos los músculos. El dedo en el gatillo tenía una rigidez de mal augurio.

—Lo ocurrido con Cordy, los Trimball y Clayton no tiene nada que ver con mi visita. Supongo que fue una emboscada tendida por Clayton.

—Es usted listísimo. Carter. Así fué. Entonces, ¿si no viene a pedirme cuentas, en nombre de los ciudadanos de Beaufort, ¿a qué diablos viene este melodrama?

—He venido a matarle.

—Ya me lo ha dicho. Parece que le encanta repetirse. ¿Motivos de su sentencia?

—No debería explicárselo. Tendría que apretar el gatillo. Con una alimaña repulsiva no se discute. Basta pisotearla.

—Parece que va en serio. ¿Está usted ebrio?

—No alargue las piernas, Gambler. He peleado bastantes veces, y estoy ahora muy alerta.

—Intente explicar a la alimaña la razón por la cual quiere pisotearla. Por una vez en mi vida, da la casualidad que por lo que respecta a Beaufort, mi conciencia nada me reprocha. Tengo conciencia, ¿sabe? Si bien estoy casi siempre de acuerdo con ella, esta vez tengo hasta mucho interés en saber por qué hay en sus ojos la clásica expresión del hombre que va a matar. Soy técnico en esta ojeada, Carter. La he visto muchas veces, y la he alagado.

—Por bravucón, le perdonaría. Por tramposo, le excusaría. Por inmoral, le ignoraría. Pero hay algo que considero el crimen más repugnante, más indigno, y merecedor de una muerte con tortura. Nunca he matado a un hombre, Rock Gambler. Siempre que he peleado, dejé que mi adversario empuñara un arma. Pero eran hombres... ¡Usted es un canalla repulsivo! ¡Usted morirá como mueren los traidores! Caín comparado con usted era digno de perdón, porque mató a otro hombre. Pero ¡Usted!...

Escupió Carter en el suelo.

—No ensucie la alfombra, Capitán Carter. Cuando se le agote el repertorio, trate de explicarse.

—Usted ha cometido la villanía más incalificable. Llevar el desconsuelo y una tristeza infinita al pobre corazón enfermo de una madre. Un hogar que hasta esta mañana era un paraíso, lo convertido usted en un doliente infierno donde dos pobres mujeres lloran...

Rock Gambler arqueó las cejas. Sus mandíbulas se crisparon.

—Abandone ese tono declamatorio y vaya al grano, Carter.

—¡Al grano! Eso es lo que define su temple de canalla. ¿Qué le importan a usted las penas de los demás?,

—He dicho al grano, Carter, o... apriete usted el gatillo.

Se puso en pie Gambler y sus manos descendieron insertando sus pulgares, entre el cinto del pantalón y la camisa abullonada de seda.

Dan Carter con brusco ademán extrajo de su guerrera un papel que arrojó a los pies de Gambler.

—Lea.

—No me da la gana. Me cansa, Capitán Carter.

—Yo le diré lo que contiene esta misiva. La sé de memoria. Dice: "Esta, noche junto al tercer roble del estanque de los jazmines y las glicinas, depositará cien mil dolares en billetes de mil. Cualquier intento de marcar el dinero o alertar a los rurales, significará la muerte de Michael Ryan alias "El Halcón". No hay firma. ¿Qué falta hace? Este chantaje iba dirigido a Helen Ryan, que encontró este papel en su cama. Lo habían tirado desde el jardín por su ventana, abierta. Había como contrapeso un dolar de oro. Esos dolares de oro, con los que usted continuamente juega, como ahora.

En la diestra de Gambler, un dolar de oro viajaba de nudillo a nudillo, desapareciendo de pronto bajo la palma, y empujado por el pulgar volvía a

reaparecer sobre el canto y en pie encima del nudillo del meñique...

—Estoy pensando, Carter. Es usted un imprudente imbécil. Suponga que nada tengo que ver con este chantaje. Suponga que ignorase quién era "El Halcón". Ahora ya lo sé.

Dan Carter vigilante, seguía con su pistola apuntando inflexiblemente el pecho de Gambler.

—Anteayer en el hotel Rigaud, yo entré en su habitación, con una llave falsa. Usted dormía profundamente borracho. Registré su equipaje. Le habían denunciado como posible espía yanqui. Hallé las cartas... Las cartas que luego usted quemó delante de mí, pretendiendo que eran cartas de amor. Las cartas que Helen Ryan dirigía a su hijo. Yo le oí declarar en su embriaguez. Marché convencido de que era usted un valiente bribón, que sabedor que Helen Ryan moriría si supiera que su hijo había muerto, imitaba la letra de Michael, y empleaba su máscara para que siguiera con vida "El Halcón". Le cogí simpatía, ¿me comprende? Hubiese matado a quien me hubiera tan sólo insinuado que usted? pretendía realmente hacer un chantaje. Sólo Helen, Rosalie y yo sabíamos quién era "El Halcón"... ¡Y usted! ¿Comprende ahora por qué al disparar contra usted sentiré una inmensa alegría?

Rock Gambler avanzó hasta que su pecho quedó apoyado contra la boca del cañón de la pistola empuñada por Dan Carter.

—Alégrese ya, imbécil zanahoria. Dele gusto al índice. Siete balas tiene su armatoste y me jacto de tener siete vidas. Cuando las apague todas, se quedará tranquilo. Y entonces, cuando después de pagar esos primeros cien mil dolares, Helen Ryan reciba otro mensaje pidiendo otros tantos o más, ¿contra quién disparará, idiota? ¿Contra mi fantasma?

Casi juntos los dos rostros, había en el de Gambler un sordo furor contenido. En el de Carter una decisión inexorable...

—Domina usted muchos recursos, Rock Gambler. Pudo ser comedia su borrachera. Pudo fingirla. Puede ahora fingir... ¡Sólo usted sabía quién era "El-Halcón"! El dolar de oro como contrapeso a este chantaje. Su declaración de que delataría a "El Halcón". Ryan gime su nombre, y las peores maldiciones... Ella ha dispuesto pagar. Dejaré en el lugar señalado los cien mil dolares. Pero yo he venido dispuesto a que cese para siempre la causa del dolor.

—Está usted tardando en apretar el gatillo...

—¡No puedo! ¡No puedo creer que exista tanta vileza en un hombre! Defiéndase, Gambler. Diga algo. Demuéstreme que...

—Entro usted convertido en la figura de Némesis vengadora. Me bañó en epítetos agradables. Creo que no existe más que una solución. O dispara, o se larga.

Dan Carter retrocedió dos pasos. Rock Gambler volvió la espalda y se dirigió hacia el lugar donde en el suelo la nota blanca del papel moteaba la alfombra.

Lo recogió y leyó lo que de memoria le había repetido Dan Carter.

Continuó de espaldas al joven Capitán.

—Usted, joven imbécil sentimental, Ho entiende nada de chantaje. ¿Sabe usted lo que ocurre cuando una de esas alimañas empieza su acción? Es como abrir la espita. Primero un chorro. Cierre de espita. Luego otra vuelta de llave y así continuamente, hasta vaciar el tonel. Si yo fuera un romántico añadiría que, desgraciadamente, el tonel que se pretende vaciar tiene un corazón enfermo. Oiga, zanahoria: Supongo que por más inexperto que usted sea, comprenderá que yo nací de madre, ¿no? Me revienta tener que ponerme melodramático, pero... estoy de espaldas y no nos vemos. Tendría que romperle las muelas, zanahoria por haberme creído por un solo instante capaz de esta canallada. Yo robo, hago trampas, mato a quien quiere matarme, pero... ¡Al diablo!

Volvióse bruscamente, serio el rostro. Dan Carter enfundada la pistola, brazos cruzados, escuchaba anhelante.

—¿Cuándo leyó Helen Ryan este papelucho inmundo?

—A media madrugada. Al amanecer fué Rosalie a buscarme.

—Entonces, "esta noche" ¿significa hoy?

—Sí.

—¿Cuál es ese tercer roble?

—Dos millas antes de llegar a "La Falaise", hay un bosque de robles. En Beaufort llaman "el tercer roble" a uno que no tiene ramas. Han sido cortadas después que un rayo las dañó. La superstición negra, dice que un rayo no vuelve nunca a caer donde el hacha cortó. Por la carretera que parte de aquí, no hay pérdida. Al llegar a la distancia que he dicho se encuentra un poste indicador, que dice "Estanque". Hay un sendero...

Rock Gambler vistió su chaqueta, y se colocó el cinto. Cogió su sombrero y hurgando bajo el forro, extrajo una extraña máscara.

Era negra, y el espacio destinado a cubrir la nariz, simulaba un pico corvo de ave de presa. Los dos retazos que arrancaban del pico, subían oblicuamente terminando en dentados bordes, y los orificios para mirar eran dos estrechas rendijas...

—Esta noche seremos dos a acudir al estanque de los jazmines. Y si mañana no ha cesado de llorar su sensible señora Ryan, búsqieme, y no me avise de su llegada. Dispare primero y hable después.

Dan Carter dirigióse hacia la puerta. Habló de espaldas al que tras él, volvía a ocultar la máscara en el forro del sombrero.

—Mañana vendré a presentarle mis excusas. Aceptaré las condiciones que usted me señale. Elegirá usted el arma.

—Lárguese ya, zanahoria. Me sobra con saber que usted se reirá algunas veces pensando en que el que pretende ser un "hombre malo", es un estúpido casi tan sentimental como usted, cosa que deploro infinitamente. Como Rock Gambler, no quiero excusas. Y en cuanto a "El Halcón"... ¡seguirá siendo el romántico entrometido! ¿Se larga ya de una vez?

Volvióse lentamente Dan Carter. Sonreía, dilatada la ancha boca y

radiante el rostro poblado de diminutas pecas.

—Creo... que he sido algo impulsivo. Le confieso que me hubiese dolidoirme de aquí, perdida una ilusión.

—Yo soy quien la perdió, ¡maldito comediante! ¡Conque me gana usted en actor! Defienda menos a Rock Gambler, en mayor provecho dé "El Halcón".

—¿No le molesta que Helen Ryan le maldiga?

—Ya procuraré que "El Halcón" arregle este lío. ¿Dónde está el verdugo que entró aquí hace unos momentos? Veo ahora un bobalicón sonriendo, como un cordero a punto de balar.

—Trate de sonreír alguna vez así... Muestre su alma, ¡condenado! Y quizá Rock Gambler oirá menos maldiciones. Adiós... amigo. Suerte.

CAPÍTULO VIII

LA ÚLTIMA NEGRURA

El aire cálido estaba saturado del pesado olor de jazmín y de glicina.

Era el voluptuoso y peculiar perfume en que gustaba bañarse Rita Hayward.

La luna desparramaba plata por los grupos de bambúes que en cercos naturales enmarcaban aquel espacio donde el bosque clareaba.

El fresco murmullo de un surtidor repiqueteaba susurrante encima de las anchas hojas que flotaban en el pequeño estanque.

Unos copudos robles se erguían espaciados, inmóviles centinelas del silencio que reinaba en el paraje, donde un roble semejava un ídolo achaparrado y nudoso, desprovisto de ramaje.

Al pie del tronco, había una caja de metal, con aplicaciones de plata. Una silueta negra y alargada, aproximábase contorneando el estanque.

Era una figura alta y grácil, envuelta en negra capa y cubierta la cabeza con amplio velo. Sus movimientos eran femeninos. El rostro velado giraba lentamente vigilando las sombras, pero Rita Hayward tenía la seguridad de que nadie se interpondría entre ella y los cien mil dolares.

No existía peligro. Y aun suponiendo ser descubierta, ningún mal podría sucederle. Su secreto era muy valioso y Helen Ryan no consentiría que fuese revelado.

Aquel paseo por entre las sombras del bosque, a la una de la madrugada, significaba para Rita Hayward el principio de una fortuna. Había decidido regresar a Nueva Orleans con los primeros cien mil dolares.

Allí encontraría algún aventurero dispuesto a correr el peligro de sucesivos chantajes.

Se inclinaba ya para recocer el fruto de su chantaje, cuando en el silencio de la noche restalló el estampido de un disparo.

Dio ella un traspiés y sus dos manos se engarfiaron alrededor del hombro herido. Un segundo fognazo rasgó las tinieblas y Rita Hayward quedó en pie,

de espaldas contra el tronco del roble.

Abierta la capa, cerrados los párpados, fué resbalando lentamente hasta quedar sentada.

Una sombra menuda. Llevando en la diestra una pistola humeante, se inclinó sobre Rita Hayward.

Helen Ryan estremeci6se y la pistola tembló en su mano. Había sido implacable la rigidez con que había apuntado certeramente hacia la negra silueta de flotante capa.

Creía disparar hacia Rock Gambler... y ahora veía el semblante lívido de la hermosa criolla que la tarde anterior había visitado su casa, demostrando tanto interés ante el cuadro que representaba la arrogante figura de Michael Ryan.

Comprendió instantáneamente... Rita Hayward había, sido una de las novias de su hijo y al reconocer en la figura del cuadro al "El Halcón"...

Volvió a estremecerse y agotada su capacidad nerviosa, cayó arrodillada junto a la agonizante. La patética expresión dolorida de la mujer herida le causó congoja y sintiendo una punzada en el corazón, cayó de bruces, desvanecida.

Abrió lentamente los ojos Rita Hayward. Había neblina ante ella, pese a la diáfana claridad de la noche.

Veía tan sólo una confusa sombra tendida a sus pies. Tanteó con la mano en vacilante búsqueda...

Por fin, de su cinto extrajo uno de los dos inseparables puñales. Iba a arrojarlo contra Helen Ryan, cuando pestañeó galvanizada por una sacudida temerosa.

Horrorizada, vió caer desde el copudo ramaje de un árbol cercano, una alta silueta vigorosa.

Y quedó fascinada mirando con pavor la máscara cruel de ave de presa de "El Halcón"...

La misma mano armada de puñal que segundos antes, intentaba clavar en el cuerpo inerte se alzó abierta con ademán suplicante. Cayó el puñal.

"El Halcón" siguió avanzando, hasta detenerse ante ella. Se arrodilló y aplicando el oído en el seno de Helen Ryan comprendió que era sólo un síncope pasajero.

Enderezó la cabeza y alargó el brazo para quitar del ancho cinto de terciopelo el segundo puñal.

—Mala suerte, Rita.

La voz de Rock Gambler llegó también amortiguada los oídos que la próxima muerte iba insensibilizando arteralmente.

Rita Hayward no veía más que la máscara cruel de "El Halcón"... aunque era la mano de Rock Gambler la que, desgarrando el corpiño del vestido de noche, examinaba las dos heridas.

—Lo siento —murmuró Gambler—. Ver morir sin remedio a una mujer hermosa no es agradable. Ningún médico puede salvarte, Rita. Son dos

plomos certeros.

—Gracias. "Halcón"... Perdóname —susurró Rita, cerrados los ojos.



...fué resbalando lentamente hasta quedar sentada.

Velozmente, Rock Gambler saltó para esconderse tras el tronco del roble. En el suelo, Helen Ryan acababa de moverse y ahora se incorporaba sobre un codo dificultosamente.

Rita Hayward, entornados los ojos, presionándose con las dos manos el costando, seguía hablando:

—Me muero, "Halcón"... Merezco mi muerte, porque quise traicionar al único caballero que he conocido. No fui siempre mala, ¿sabes, "Halcón"? Un día hubo en que yo era tan señora, como lo es tu madre. Visite ayer su casa. Y sentía nostalgia, "Halcón"... Supuse que achacarían mi chantaje a Rock Gambler. Perdóname, "Halcón".

Interrumpióse ella, pero sin fuerzas para abrir los ojos, no supo de dónde procedía el grito.

Helen Ryan, asustada, hallóse en pie entre los brazos de Dan Carter, que la levantó en vilo.

—Vámonos, Helen —apremió, angustiado, el joven Capitán—. La seguí. Estaba inquieto.

—¡Tenemos que salvarla, Dan!

—Se muere sin remedio, señora. Yo disparé —mintió—. No puede salvarse, pero haré que un médico venga en seguida. Vayámonos. Helen.

Cerrados los ojos y en silencio. Rita Hayward ofrecía todo el aspecto de un cadáver.

Sollozando, Helen Ryan ocultó el rostro en el ancho hombro de Dan Carter, quien, lentamente, marchóse con ella. Bajo el brazo, llevaba la caja de metal que contenía los cien mil dolares.

Rita Hayward gimió suavemente cuando un cuerpo se interpuso entre ella y el duro tronco.

Rock Gambler, sentado, la asió delicadamente, hasta lograr que la opulenta cabellera negra reposara contra su pecho.

Sus dos manos anchas y comunicativas acariciaron las manos de Rita Hayward. Ella giró lentamente el rostro y ya no le causó miedo la máscara de estrechos orificios.

—Gracias. "Halcón". Eres bueno. Hiciste bien en quitarme la vida, porque hubiese hecho mucho daño a seres inocentes. Pero... quería vengarme del mundo que tan cruel fue para mí, destrozando mi alma, burlándose de mi dolor, desengañándome... Siento una mano de hielo que me abraza, "Halcón"... Tengo miedo a morir... Soy joven...

—No morirás, Rita. Ahora, dentro de unos instantes, vendrá un médico. Vivirás. Rita.

La voz de Gambler hacía se aún más cálida y acariciante. Rita Hayward sonrió, crispando la hermosa boca.

—Viviré, "Halcón"... y nunca más, nunca cometeré un acto del que tenga que arrepentirme. Yo creo que era mala... pero ahora, aquí solos tú y yo... sintiendo la vanidad de todo... quisiera volver a empezar a vivir...

—Solos tú y yo, Rita.

—Rock... —dijo de pronto ella, pero no había temor en sus ojos.

Una expresión de infinito cansancio ensombrecía la hermosura de sus facciones. Y en última lucidez aguda, había distinguirlo el matiz de voz.

—No me odies, Rita. Yo quisiera salvarte. Quiero que vivas...

—¿Por qué?... ¿por qué llevas la máscara de "El Halcón"?

—Murió... y yo me he jurado seguir su senda. No podemos mentirnos ya, Rita. Si tú fuiste, yo también fuí, y desgraciadamente hemos conservado algo innato. No temas.

Su mano zurda separóse de las manos de Rita Hayward, que continuó presionando con su diestra.

Una pistola de largo cañón apuntaba al hombre que con un pequeño maletín llegaba precipitadamente.

Se detuvo ante la extraña pareja, sentada y adosada contra el roble. Miró la pistola y sonrió.

—No es preciso "Halcón". El Capitán Carter me ha enviado.

Arrodillado, con diestros movimientos, fué examinando los dos puntos negrorrojizos. Extrajo una lanceta de aguda punta y unas delgadas pinzas, que roció con alcohol.

Rita Hayward perdió el sentido. Su rostro quedó ladeado sobre el brazo de Rock Gambler, mientras el médico procedía a su cura dolorosa.

Cinco minutos después, poníase es pie el médico.

—A lo sumo, vivirá una hora. He extraído una de las balas, pero la otra, sigue su camino hacia el corazón. Está alojada en un sitio vital. Morirá, antes de una hora. Puedo enviar dos hombres para que la transporten, pero todo es inútil.

—Gracias, Esculapio. Déjenos solos... y olvide. Esta noche no estuvo usted en el estanque de los jazmines y las glicinas.

—Olvidado, "Halcón" —y el médico tosió carraspeando—: Lamento no haberle podido servirle mejor. Dios le bendiga, "Halcón".

Pasaron minutos. El surtidor continuaba dejando oír su cantinela líquida. De vez en cuando, un pájaro lanzaba un arpegio de trinos gozosos.

La diestra de Gambler acariciaba las dos manos que el frío iba invadiendo. El velo había caído de los cabellos y surcaba de negro el reciente vendaje.

—Me quema... —gimió ella, esforzándose en levantar los pesados párpados,

—El médico te ha hecho una cura, Rita. Vivirás...

—Gracias, Rock... Le oí... Una hora a lo sumo... Tengo miedo, Rock.

—Los médicos se equivocan, Rita.

—Llévame así abrazada, lejos... Quiero volver a mi tierra, donde nací... Abrazame. Rock y llévame.

Entre los brazos de él, Rita Hayward. apoyó su mejilla febril contra el rostro masculino.

—Nos hicieron malos. Rock... Ahora te adivino... Eres como yo... Pero hallaste algo noble por qué luchar... Llévame lejos de aquí...

La acomodó él ante sí, en la silla, después. de hacer que los dos brazos femeninos rodearan su cuello.

Encaminó a su potro por los senderos que entre el bosque conducían Savannah. Se había quitado la máscara.

—Es una casa con pórticos de columnas blancas, Rock. Tiene un jardín espacioso. Allí jugaba yo hasta que Renato de Chambrun me mintió amores... Lo envenené, Rock.

—La brisa huele a tu piel, Rita. Olvida, y piensa sólo que vivirás y puedes ser de nuevo feliz.

—Lo envenené, Rock. Está enterrado en el mausoleo familiar de los Chambrun. Al otro extremo está la cripta donde mi pobre padre... Llévame allí, Rock.

Los brazos femeninos se estrechaban cada vez más. Rock Gambler sentía aminorarse el aliento que contra su mejilla respiraba...

El potro, una sombra más en la noche, avanzaba lentamente, refrenado por la diestra del jinete.

—Somos ya amigos, Rock...

—Lo seguiremos siendo, porque ahora ya nos conocemos.

—"El Halcón" tenía que morir... porque no estaba armado contra la perfidia humana. Tú darás una larga existencia a "El Halcón"... Llévame a mi

casa, Rock...

—Estamos cerca de Savannah. Rita. La mejor de las carretelas, con muchos almohadones, te conducirá a Nueva Orleans... Y allí, cuando estés restablecida, olvidarás. Y seremos amigos.

—¿Venías... venías a matarme, no, Rock?

—Pronto amanecerá. Oirás los cantos de los trabajadores del Mississippi y a través de la ventana abierta, las rosas de tu jardín, darán color a tus mejillas... Hallarás la paz...

Una sonrisa arqueó los labios de Rita Hayward. Cerró los ojos y su cabeza, cayó hacia atrás.

Rock Gambler detuvo al caballo. La muerte había ya concedido el definitivo reposo a la atormentada criolla.

EPÍLOGO

En el cementerio de Nueva Orleans, sobre una lápida de mármol, un hombre miraba con fijeza la inscripción que él mismo había mandado grabar.

"Aquí yace Rita Hayward.
Rogad por su felicidad eterna
18 de marzo de 1861".

Brazadas de jazmines, rosas y violetas tapizaban en cuadro la tumba.

Inclinaba Gambler la cabeza, antes de cubrirse nuevo.

Atravesaba la verja, cuando le alcanzó el sepulturero:

—¡Señor!

Volvióse Rock Gambler interrogante:

—He hecho ya el cálculo, señor. Son ochocientos dolares. Sobran, pues, doscientos.

—Guárdalos. Si algún día paso por aquí y no hallo siempre, jazmines y rosas lozanas encima de la lápida de la señora Hayward, me temo que tú pasarás a ocupar una de las tumbas vacías.

Quedóse el sepulturero perplejo. Pero no ponía en duda la amenaza del desconocido. En Nueva Orleans había exceso de individuos como aquél, originalmente ataviados y de duro e inquieto aspecto...

En su habitación del hotel y en mangas de camisa, Rock Gambler mordisqueaba el extremo de la pluma.

Tarareaba complacido la lánguida melodía que, acompañado por una mandolina, un negro de voz pastosa entonaba en el patio.

Era una música pegadiza, sensiblera. Música de las que, sin saber por qué, le causaban un extraño escozor en los ojos.

Mojó la pluma y escribió:

"Nueva Orleans, 19 de marzo de 1861.

"Madre: No reproches nunca a Dan su acción. Él no creía disparar contra una mujer. Fue un extravío de amor el que condujo por malos senderos a Rita Hayward. En tu nombre acabo de pedir para ella, el perdón. Obedecí su petición de traerla a su tierra natal.

"Hay en el patio del hotel un cantor que gime la melancólica queja de un gusano de luz que se enamoró de una estrella. Era un gusano pero por las noches, al verse luminoso, se creyó digno de una estrella. Déjame seguir escuchando... La estrella era fugaz y quiso el azar que describiera un arco rápido y el gusano fué feliz. Creyó que ella iba hacia él...

"He leído lo que me decías acerca de ese Rock Gambler. He hablado con él. No nos hemos peleado. Es un hombre que antaño sufrió el dolor más hondo que puede resistirse. Otro día te contaré su tragedia. Comprendo que es exasperante oírle y ver su cínica sonrisa. Pero son armas, madre. Con ellas reta al sentimentalismo que una vez fué causa de que sintiera quebrarse sus fibras, acotando su alma. No le odies ni le tengas rencor. Nunca me delatará. Es amigo mío. No te ofusques. Comprendo que no es sujeto recomendable, pero tiene excusa.

"Procuraré estar presente cuando el zanahoria se case con "Myosotis". Pero ahora...

Dejó la pluma y silenciosamente, andando de puntillas, se adhirió a la pared junto a la puerta.

El pomo giraba lentamente... La puerta se entreabrió.

—Bealby. Ridgeon. Ranger. Dandy Pólvora.

Las cinco palabras de contraseña... Rock Gambler atrajo hacia si violentamente la puerta.

Una mujer con gafas, rubia y de piel blanquísima, pestañeó asombrada. Vestía hombrunamente con recios zapatones y un vestido de dos piezas, sin hechuras.

—Hola —dijo sonriente. Rock Gambler—. ¿Qué letanía me está usted recitando?

—Cierre la puerta —dijo ella, con cierto imperio.

—Ya que lo pide tan amablemente.

Cerrada la puerta, adosóse a ella Rock Gambler. En silencio, la desconocida le estaba detallando.

—¿Le gusto? —preguntó Gambler arqueando las cejas.

—No cabe duda. Usted es "Dandy Pólvora".

—Así me llaman en Londres. Pero aquí soy Rock Gambler.

—Yo soy Brenda O'Connor. Estuve en Savannah. Vengo de Londres. Me ha hecho usted perder varios días. En Savannah una mujer llamada Sally me informó de que usted había salido hacia Nueva Orleans. Me costó dar con su

paradero. Aquí estoy.

—¡Cáspita! ¿La enseñaron a hablar por sacudidas?

—No intente hacer el gracioso con migo. Me envía *Lord Dembley* con instrucciones concretas. He hablado con un agente de Florida. Tres corsarios americanos se disponen a...

—Oiga, linda pedantuela. ¿Quiere respirar unos instantes?. Siéntese y me lo contará todo después. Ahora...

—Tengo prisa.

—Aguántese. Yo también tengo prisa. Estoy terminando una carta.

—¿Juzga más interesante su carta seguramente de amoríos, a lo que es su misión?

Rock Gambler avanzó, colocó sus dos manos encima de los hombros femeninos obligó a sentarse a la que serenamente, cruzó las piernas, alisó su falda y repiqueteó con ambas manos sobre su bolso.

Sentóse Gambler tras la mesa y mojando la pluma, continuó escribiendo:

"...tengo que ir a visitar la Florida. Escribiré. Un abrazo para los tres.

"Michael Ryan".

Introdujo la carta en un sobre, puso la dirección, sopló y mientras pasaba la lengua por el engomado del sobre, guiñó un ojo:

—Oiga, encanto. ¿Es usted realmente una mujer, o me envía *Lord Dembley* un agente disfrazado?

—Estoy prevenida contra usted. No podrá, pues, irritarme. Soy mujer, muy mujer cuando quiero ¿entiende? Y ahora que ha terminado su cartita, ¿está dispuesto a escucharme?

—Todo sea por su Majestad la Libra Esterlina. Hable, encanto.

En la diestra de Rock Gambler, un dolar de oro empezó a saltar monorrítmicamente...

Brenda O'Connor abrió su bolso y extrajo una diminuta pistola, qué pareció sopesar unos instantes.

La mano zurda de Rock Gambler rozaba el borde de su bota. Miró hacia el lugar donde colgaba su cinto...

Breada O'Connor seguía siendo una mujer de serio aspecto. Parecía una maestra puritana. Los lentes de sus gafas, destellaban reflejando un rayo de sol que oblicuamente atravesaba el cristal del balcón...

—No sé aun si es usted "Dandy Pólvora", señor —dijo, suavemente.

—Esta pistolita le sienta a usted como a un pato un par de guantes, encanto.

—Es el último modelo "Hebley". Cuatro balas. Poco ruido. Se venderá mucho. ¿Quiere una demostración?

—Deseo comprobar si se venderá mucho. Vuelva a meter ese juguete en su bolso, encanto.

—Me horripila su forma de tratarme. Me horripila su forma de hacer saltar esa moneda...

—Me horripila sólo él verla, encanto. Vamos al grano. Yo soy Rock Gambler. ¿A qué debo la desgracia de estar hablando con usted?

Ella alzó la mano izquierda y juntó en cruz el índice y el dedo medio. Rock Gambler sonrió, a la par que, alzando el pulgar zurdo, decía:

—Bealby. Ridgeon. Ranger. Doble cruz y cuatro cisnes. ¿Está ya conforme? Ya le he soltado las tonterías que constituyen la respuesta a sus contraseñas, encanto.

—Ahora podemos hablar tranquilamente —replicó ella, colocando en su bolso la pistola—. Tengo sed. Alcánceme un vaso de agua. Procúreme un plano de la costa sur. Almorzaremos juntos. He dicho en el registro que soy su hermana. He anotado mi estado de casada con tres hijos. Mi marido se llama Liam O'Connor. Tráigame vaso de agua.

—Sírvaselo, encantó. Soy lacayo de señoras, cuando ellas son galantes.

—Me temo que no congeniaremos, "Dandy Pólvora".

—Me temo que no, encanto. Debió apuntar en el registro que era mi suegra.

—Si fuera usted en realidad mi hermano, le daría veneno.

—Y yo lo tomaría con sumo placer con tal de no verla más. Pero vamos al grano. Sírbase agua, aclárese la garganta y empiece a explicarse.

Alzó Gambler las piernas y colocó los pies sobre la mesa. Ella se levantó más pálida aun y se sirvió un vaso de agua.

En el patio, el negro cantaba ahora una alegre canción de los bateleros del Mississippi...



¡YA ESTA AQUI!..



EL HALCON

¿Es un patriota?

¿Es un cínico?

¿Es un escéptico?

De todo tiene este misterioso personaje cuyo proceder irrita unas veces y otras conmueve.

PERO SIEMPRE APASIONA

Conocer a Rock Gambler, el hombre que juega su vida haciendo saltar una moneda, es conocer al aventurero más audaz y desconcertante de todos los

TITULOS DE LOS PRIMEROS EPISODIOS:

- | | |
|------------------------------|---------------------------------|
| 1 El jugador de su vida. | 8 La conjura de los pistoleros. |
| 2 La venganza de Dan Carter. | 9 La venus de ébano. |
| 3 La espía yanqui. | 10 Pico de Tucán. |
| 4 Murciélagos en La Florida. | 11 Dandy Pólvora. |
| 5 "Muro de piedra" | 12 El bloqueo de Nueva Orleans. |
| 6 El Bonaparte americano. | 13 Montañas azules. |
| 7 Pulsos de oro. | 14 El Cocodrilo y la Gaviota. |
| | 15 El ramo de Azahar. |

Precio del ejemplar, conteniendo un episodio completo, **3 pt**

ES UNA PRODUCCION DE
EDITORIAL BRUGUERA

PROYECTO, 2 - TEL. 82981 - BARCELONA

[←1]

Véase *La venganza de Dan Carter*.

[←2]

Véase *El jugador de su vida*.

[←3]

Véase *El jugador de su vida*.